

# JULIO SCHERER GARCÍA

uevamente reportero, reportero siempre, Julio Scherer García emprende en este libro una intensa, implacable investigación sobre ese pozo negro que son las cárceles de nuestro país. Culado por Virgilio en la persona del doctor Carlos Tornero, sin duda el hombre que más sabe en México de psicópatas y criminales, de reclusos sin esperanza, de carceleros impíos, el periodista recorre y nos hace recorrer los nueve círculos de este infierno donde el castigo, como en Dante, se antoja siempre más duro que la culpa. No hay esperanza para el prisionero, pero tampoco la hay para el sistema penitenciario: concluye el lector del reportaje. La injusticia institucional, la corrupción interna, la impiedad, el dolo, la mala fe, el morbo, el loco vicio, la dignidad perdida, infestan estas páginas como los virus de una peste medieval. Con la ferocidad de un reportero joven, pero con la malicia y el tiro de quien ha exudado periodismo durante cincuenta años, Scherer García indaga, registra, mira, sobre todo pregunta. Pregunta. Pregunta siempre impertinente, firme, con urgencia por saber. Y es el lector el que termina sabiendo, agradecido: desde las experiencias documentales de Tornero, hasta el novelístico encuentro del periodista, en el círculo noveno, el de Almoloya, con ese pájaro en vigilia como describe a María Aburto y con un Raúl Salinas sin bigote, pantalón caqui, camiseta blanca, buaraches... Para sus reportajes en libro —brillante climax de una carrera periodística— la prosa de Julio Scherer García se ha vuelto concisa, estricta, talladas las frases y las metáforas como el fucón de marfil. Para nuestro sistema político ensaltecido, para nuestra sociedad de ojos de ciego él sigue siendo, y este libro lo confirma, el periodista incómodo de México.

Vicente Lora





**CÁRCELES**

101408

HV9515.M4

SE4

q.1

HV9515.M4

834

EJ. 1 (101408)

BIB. NUM. 1

## CÁRCELES

© 1998, Julio Scherer García

De esta edición:

© D. R., 1998, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.  
Av. Universidad 767, Col. del Valle  
México, 03100, D.F. Teléfono 688 8966

- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.  
Calle 80 1023. Bogotá, Colombia.
- Santillana S.A.  
Torrelaguna, 60-28043. Madrid
- Santillana S.A., Avda San Felipe 731. Lima.
- Editorial Santillana S.A.  
Av. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1er. piso  
Boleíta Nte. Caracas 1071. Venezuela.
- Editorial Santillana Inc.  
P.O. Box 5462 Hato Rey, Puerto Rico, 00919.
- Santillana Publishing Company Inc.  
2043 N. W. 86 th Avenue Miami, Fl., 33172 USA.
- Ediciones Santillana S.A.(ROU)  
Javier de Viana 2350, Montevideo 11200, Uruguay.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.  
Beazley 3860, 1437. Buenos Aires.
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.  
Pedro de Valdivia 942. Santiago.
- Santillana de Costa Rica, S.A.  
Apdo. Postal 878-1150, San José 1671-2050 Costa Rica.

Primera edición en Alfaguara: agosto de 1998

ISBN: 968-19-0443-5

© Diseño de cubierta: Pablo Rulfo y Teresa Ojeda. Stega Diseño

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El once de agosto, impreso ya este trabajo, el doctor Carlos Tornero Díaz pidió licencia como director general de los reclusorios del Distrito Federal.

Más allá del futuro que le aguarde, queda su testimonio.

Julio Scherer García

---

Los domingos, días de visita en las cárceles de la ciudad de México, los presos, sus familiares y los guardianes devoran el espacio común. Miles de ellos, drogados y borrachos, degradan la jornada multitudinaria. No hay resguardo para los niños, víctimas constantes hasta de sus padres. A la luz del sol o semiocultos bajo tapadizos levantados con trapos y cartones, las criaturas son acariciadas, masturbadas, enajenadas, destruidas. Esos días los reclusorios se transforman en abrumadoras casas de citas, intramuros todo permitido.

Las familias, dispuestas a gozar el día, forman grupos y se convidan los tacos, las tortas, el chicharrón, las carnitas, las salsas, los refrescos. Platican mirándose, tan lejos como pueden de los radios que no dan tregua al rock y a toda estridencia posible. Los olores hacen del aire otro aire, mezclada la manteca rancia con los desperdicios que fluyen. De las diez de la mañana a las seis de la tarde, igual en el reclusorio norte que en el sur, veinte mil personas cohabitan en espacios diseñados para ocho mil.

Carlos Tornero Díaz, director de las prisiones desde el cinco de diciembre de 1997, de setenta años de edad, cuarenta vividos entre psicópatas y criminales, pinta el cuadro y se describe como una nada en el océano vociferante. La marea lo cubre. A una distancia insalvable,

apretujado entre bloques humanos, mira a custodios entregados a pasatiempos soeces.

A lo largo de sexenios descompuestos que reclaman sepultura, ha conocido a funcionarios y carceleros que se han entendido como amigos y cómplices. Juntos han llevado el hierro a las prisiones y lucrado a partir de su condición privilegiada. Son especie común los guardianes con automóvil, una bien instalada casa para la señora y para las amigas de planta departamentos que no avergüenzan.

Testigo irrecusable, a los veintitrés años pasante en el manicomio de Mixcoac, del que nada queda, más tarde médico y psiquiatra, penitenciario desde los treinta, el doctor se expresa como si tuviera enfrente al último regente del PRI, Óscar Espinosa Villarreal:

“No podría decir que es un ladrón, no lo he visto robar. Pero sí he comprobado que existió en el Departamento del Distrito Federal una bien ordenada estructura que permitió la explotación de psicópatas y delincuentes inermes”.

—¿Habla, doctor, de un hampa blanca?

—La complicidad es una convicción. Si el hampa a gran escala respeta las reglas que se impone, también las respetan los socios en el gobierno. Son familia.

Tornero Díaz habrá conocido a unos noventa directores de cárceles citadinas y a más de quinientos de las 461 que existen a lo largo de la República. Muchos han delinquido y no ha sabido de uno, ladrón, violador, torturador, asesino, que haya pagado con su libertad. Las sanciones no han pasado de la remoción y una fianza menor para acallar el escándalo por alguna fuga espectacular.

Los contrastes hablan por sí mismos. Hombres de bien ganada fama han sido cazados por verdugos ocul-

tos. Y el director de la cárcel de Tijuana terminó cuando manos enloquecidas le apretaron en la cintura una faja de explosivos, canana que prendió un cerillo.

\* \* \*

La semana del doce al diecinueve de enero, el director de prisiones, incluidas la Penitenciaría de Santa Marta Acatitla y la Cárcel de Mujeres, decidió que fotógrafos y notarios dieran fe de las condiciones en que se hacía cargo de su trabajo. Auxiliado por el bufete del licenciado Ignacio Morales Lechuga, inició la tarea en el reclusorio norte. Al término de la investigación le fueron entregadas seiscientas placas. Transmiten crueldad y horror. Llega a los sentidos la peste de los excusados y la repulsión de las cocinas, la tristeza desolada de los comedores. Los dormitorios son largas pocilgas y por ahí aparecen cuerpos apagados. Los pasillos, profundos, sugieren que terminan donde empieza la muerte.

En otra área del penal, la infamia se delata: alcobas con camas matrimoniales de colchones altos, alfombras y cortinas, privados con equipo para ejecutivos, televisión a colores, cocinetas, cubiertos, copas, licores, todo lo necesario para recibir noches o semanas enteras a la familia, a las amigas, los compadres, los amigos.

Como quien revisa las páginas de libros maléficos, el doctor Tornero observa su material.

“Vea esta foto”, me apremia.

Observo un cuadro que me es familiar, conocido en otro tiempo y circunstancias: suites como la de Héctor García Hernández, “El Trampas”, el pseudolíder petrole-

ro que hacía gala de sus botellas y los manjares que ofrecía, aristócrata con lengua de albur. O la zona reservada de Sicilia Falcón, el primer gran narcotraficante que cayó en prisión hace treinta años, leal a su única fidelidad: el lujo a costa de lo que fuera, su fortuna en juego.

—Todo sigue igual, doctor. Así era la época de Miguel de la Madrid, de López Portillo, de Salinas, la corrupción en cadena.

—No crea —advierte.

“Yo me aparté de los reclusorios a finales de 1993 para dar vida a un proyecto largamente meditado: la fundación de un instituto para psicópatas-criminales, la última oscuridad del hombre, visión aterradora de sombras vigorosas que torturan y matan con ojos vacíos.

”Al inaugurar el país una etapa promisoría con el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas como gobernador del Distrito Federal, me abrí a la esperanza, como tantos. Algo podría hacer por los infractores. Soy psiquiatra, no carcelero y los considero víctimas de su propia violencia. La ONU los llama, y con razón, minusválidos sociales.

”Pronto se me impuso una realidad: bastaron cuatro años para que la descomposición en las cárceles rebasara las pesadillas de la fiebre. El número de internos se duplicó hasta casi catorce mil y las llagas infectadas hicieron de la vida en cautiverio una pus.

”Usted podría preguntarme cómo se mide la crápula en un antro copado por la corrupción y yo le respondería:

”En 1993 los capos de las prisiones surtían en cuatro semanas un kilo de cocaína. Hoy les bastan unas horas”.

Se detiene Tornero, velados sus ojos azules. Dice al fin:

“1994 fue el año del asesinato de Colosio, el nacimiento de Marcos, el desprecio por Salinas, la muerte

moral de un sistema aborrecido. 1994 pudrió las cárceles y así hemos seguido. Habría que rehacerlo todo”.

\* \* \*

El sábado diez de enero el doctor Tornero fue llamado con urgencia al reclusorio sur. Los internos habían destrozado focos, ventanas, desgajado puertas, preludio de una jornada peligrosa. Acompañado por el general Salvador López Portillo, cubierto con las galas azules de la policía y siete personas más, desechó el magnavoz que se le ofrecía, pidió al equipo de seguridad que aguardara detrás de una alambrada y se metió en el griterío de una multitud colérica. En la calle, tendido un cerco a la prisión, hombres a pie y a caballo permanecían a la expectativa. Desde su helicóptero, a baja altura, el responsable del orden en la ciudad, teniente coronel Rodolfo Debernardi, también vigilaba.

Narra el psiquiatra:

“El vocerío de los reclusos no se parece a ningún otro. Se inicia muy lejos y va llegando en oleadas ululantes. El coro sube, cae, enerva, aturde. Pocas palabras lo forman, esqueleto de unos cuantos huesos:

”—...Queremos droga, queremos droga, queremos droga... —gritaban los internos.

”Me inicié como cualquiera en situación parecida: pedí calma y ofrecí soluciones. No habría represalias por los destrozos a la vista, anuncié.

”Escuché respuestas insinuantes, maliciosas y una explicación:

”Las primeras restricciones al consumo del veneno se hacían sentir en la prisión. No cabría imaginar agresión mayor contra los reclusos. Uno habló por muchos, infantil como tantos:

‘Aquí nos hicieron drogadictos, papito.’

Sentí su angustia, su razón brutal. Y volví a la vieja película:

La droga es un negocio para los narcos de adentro y afuera, y también para las autoridades de afuera y adentro. A la vista de todos se negocia, compra y vende como un producto lícito. Frente al prestigio y brillo de los estupefacientes, apenas cuentan las descargas del sexo y el arrebato del alcohol. Las parejas se enredan, el licor traiciona.

Entre los tóxicos no hay como la cocaína, “la reina”, sola o mezclada con anfetaminas, mariguana, inhalantes, cáscaras fermentadas, crema descompuesta y los chochos, esas pastillas blancas y diminutas que aquietan los sentidos y relajan la voluntad, lobotomía sin desgarramientos cerebrales, apacible sueño sin vigilia. La droga eleva a un vacío pleno, amor sin viento ni brisa, pero igual lleva a la destrucción, al odio que no mira ni siente.

El penal se organiza alrededor de los narcóticos —la heroína y la morfina incluidas— y transforma a los hombres. Llegan muy alto los servidores sexuales, dedicada su vida a los traficantes y a los adinerados. Los criados del sexo se adiestran entre sí y aprenden quehaceres: cortan el pelo, arreglan las uñas de los pies y las manos, curan lesiones y alivian malestares pasajeros, terapistas empíricos. Perfeccionistas, desatan pasiones desconocidas en la libertad. Se donan y hacen de su cuerpo el cuerpo del otro.

Frente a la aristocracia de los narcos y su corte, poco significan los multiasesinos, los sujetos que se atribuyen crímenes ajenos para alcanzar el sol de algún privilegio con los poderes del penal, los pandilleros. Abajo está el “pueblo”, los infelices que aguardan a su mujer para ofrecerla con disimulo, los desdichados que cayeron por robo famélico, los inocentes que perdieron su libertad sin saber por qué. Al fondo bullen los “erizos”, abandonados, saldo de hombres. Su avidez son los chochos y su conciencia sólo da para la delación que gratifica.

Hay un grupo aparte, tenido por esotérico, el único al margen del narco. Está formado por los religiosos, católicos y evangelistas. El territorio en disputa es la capilla y son frecuentes largos periodos de guerra. Los evangélicos voltean las imágenes, descuelgan los cuadros, los esconden. Prestos a la venganza, los católicos cubren el altar con desperdicios malolientes.

Observo al doctor Tornero en un largo silencio. Tarda su regreso al diez de enero. Dice al fin:

“Ese día del motín la amenaza se acercaba y se alejaba, se acercaba más y más. Es difícil imaginar una revuelta carcelaria para quien no la ha vivido. Los presos se encantan con la brama del huracán, gozan su vandalismo, disfrutan las blasfemias, los signos obscenos con los dientes pelados. Hieren y se hieren, matan y se matan. Un ansia los posee: acabar con todo.

”Decayó el ulular ya entrada la noche. ‘Papito’, repetían algunos, demandantes angustiados.

”Ofrecí medicamentos. A los dormitorios los haría llegar sin dilación. Yo quería que la turba se fuera haciendo pequeña y pequeña se fue haciendo.”

\* \* \*

—¿Qué son los chochos, doctor?

—Un negocio.

—¿Qué son, doctor?

—Fármacos con la fórmula registrada de los laboratorios Roche. Se les conoce como rohypnol o roche 2 por el par de miligramos activos de su composición química. Sin control, su consumo hace del adicto una víctima: lo lleva a un sueño morboso, desarrolla en su psiquismo obsesiones que dan vuelta en círculos que se estrechan, deprime su sexualidad, deteriora y mata el impulso vital.

En los reclusorios el rohypnol circula libremente entre internos, custodios, secretarías, personal técnico. Cuesta de dos a cinco pesos la pastilla y los "erizos", los de mero abajo, lo combinan con desechos mixtificados para gozarse en la ilusión de un efecto prolongado. Como un pedazo de pan, siempre hay manera de encontrar un chocho.

—¿De quién es el negocio?

—Sólo tengo sospechas y una historia:

"Trabajé en la Procuraduría de la República, y, ahí me ocupé del caso. Médicos y químicos analizamos las tabletas bajo control en las farmacias y también los comprimidos no autorizados de las prisiones. Comprobamos en el laboratorio que entre unas y otros no había diferencia alguna. Las fórmulas coinciden, idénticas.

"El delito es flagrante y brutales los estragos de la corrupción consentida. Reitero: bajo los efectos del rohypnol huye la curiosidad de los ojos de los adictos y sus ideas quebradas los anulan para la relación humana. Se cuentan por miles estos zombis, desnutrido el

cuerpo, estragados, ignorantes de las locuras que los acechan."

Sigue la historia:

"Informamos a los laboratorios Roche del tráfico ilícito y su turbadora magnitud. No pareció inquietarles el problema y no iniciaron averiguación alguna por el comercio ilegal de la fórmula que les pertenece. La actitud de los encargados fue prudente o desdenosa. No sé. Traducida en palabras podría interpretarla más o menos así: 'El medicamento está registrado y bajo el control de la ley. A los laboratorios Roche, en regla, no les compete el asunto'."

—¿Descarta, doctor, la existencia de algún laboratorio clandestino?

—No, por supuesto. Pero si lo hay —o los hay— es a ciencia y paciencia de las autoridades. Las pastillas circulan como grageas y los lazos de la complicidad están a la vista de todos. ¿Qué puedo pensar? ¿Qué pensaría usted?

La desalentada sonrisa del psiquiatra adelanta un juicio y refleja un ánimo:

—Las prisiones son un reflejo del sistema que prevalece: instalaciones ruinosas gobernadas por el narcotráfico.

\* \* \*

En el área circundante a los reclusorios florecen los expendios de ropa y zapatos, las bisuterías, los bufetes, las imprentas, las panaderías, los juzgados, las oficinas de seguros y fianzas, los cobertizos que ocultan droga,

los tenderetes abastecidos con alcohol, los rincones donde el agio se aviva, los puestos de periódicos y revistas con ofertas para todos los gustos, las papelerías, los empeños individuales de los fotógrafos, los evangelistas, las mujeres que buscan mujeres, los hombres que buscan lo mismo que las mujeres, los correos que van, vienen, señalan, orientan y relacionan al gentío con los mercados de todo lo vedado y consentido.

El mercado prolonga la cárcel. Intereses amarrados por la corrupción acoplan a los reclusos con los comerciantes, a los guardianes con sus cómplices. Los custodios conocen la vida de los internos, de los caprichos a la desesperación. Perciben sus hambres y necesidades y las alivian a cambio de dádivas o un sueldo. A través de vías probadas por un largo tiempo, transmiten la información de la prisión a la calle y los comerciantes se encargan de satisfacer a la clientela cautiva. Franco el acceso al penal, la droga circula, circula el alcohol, circula la prostitución. La trabazón opera sin altercados, partícipe la autoridad. Fluye el dinero, fluyen los privilegios.

El mercado afuera de la cárcel da para más, da para todo. En algún local se expiden credenciales con fotografías instantáneas, en los juzgados se habla sesgado, por ahí se entrega el alma a la usura para pagar una fianza, también por ahí una pareja acuerda exhibiciones porno, en recovecos se etiquetan botellas bien cargadas, se pone precio a la coca y a otras drogas fuertes, se venden bolsitas con chochos, se tima con bisutería que atrae por el brillo engañoso de sus piedras, se tasa una confianza, se vende un consejo.

“Las mafias trabajan a su gusto y todo a la mano”, dice el doctor Tornero al término de su relato. “Operan con descaro, a la vista”, remarca.

Resume a continuación la historia mínima de un hombre cualquiera que por primera vez llega a la zona carcelaria para visitar a un amigo, a su padre, a su hijo:

De espaldas a un portón, alto y amplio como el de una iglesia, un guardián le niega el acceso a la aduana de personas (hay la aduana de vehículos), antecámara de la cárcel profunda:

—No puede pasar —afirma, terminante.

—¿Por qué?

—¿Qué no ve?

—¿Qué?

—Su camisa, las rayas.

—Son de colores, no son “besh” (que el reglamento prohíbe para los visitantes).

—Son claras, ¿no?

—Pero no son “besh”.

—No pasa, le digo.

Vuelve al mercado y compra una camisa oscura en el puesto que le indica un muchacho amable. “Pregunte por Juanita”, le dijo.

Regresa al portón, cruza el umbral —“ora sí, jefe”—, llega a la aduana —espacio helado de cemento y mosaicos, sin una planta, sin un color vivo— y se forma el último en una hilera larga. Al fondo, una empleada gordita revisa las credenciales que uno a uno le muestran los visitantes. Trabaja con lentitud. Parece minuciosa, responsable.

Tras una hora que le parecieron dos, llega a la punta de la fila. Sobre un mostrador de madera vieja y maltratada, tarjetas alineadas en cajas de cartón consiguran y resumen las generales de los presos: nombre, apellidos, sector, dormitorio.

—¿A quién visita?

- A Fulano.
- Credencial.
- La entrega.
- Su firma está borrosa.
- La credencial tiene años, señorita.
- Será por eso.
- ¿Hay algún problema?
- Adentro puede tener dificultades.
- Le firmo en un papel. Es mi firma, le aseguro.
- Pase si quiere, pero no se lo aconsejo.

Regresa al mercado, vuelve a la aduana, se forma otra vez, muestra su credencial protegida por una mica y pasa a examen. Llegó el momento insalvable del que le han hablado: los brazos en alto y la revisión de su ropa y su cuerpo. Superado el trance, pregunta por la charola de panes que lleva a su visita y que también escudriña la vigilancia. Le entregan migajas y una que otra pieza completa. Como las frutas, como los dulces, como las flores, como el obsequio que sea, todo está sometido a control. La explicación formal es un rito: se busca droga.

Ahora camina por un corredor que desemboca en una nueva escala: la entrega de la credencial y una ficha de latón a cambio. Pasa. Aún quedan trechos por avanzar y el día declina, perdido.

Dice Tornero:

“El personaje de la historia aprenderá de la experiencia vivida. En el futuro, el acceso al reclusorio será expedito, si paga; la fila en la aduana será breve, si paga; evitará el agobio de la revisión personal, si paga; la charola de panes la recibirá intacta, si paga; el tiempo de visita escapará al horario, si paga; la vida será otra, si paga”.

\* \* \*

El 28 de enero recibió el director una carta del interno Federico Gedovius Novoa. Manuscrita, legible, incluida la firma con sus rayas verticales y horizontales que sugieren la mano de un niño, aboga por Marcos González Rangel.

Escribe Gedovius, condenado a dieciséis años:

“Está en el dormitorio de seguridad, zona uno, estancia seis. Él lleva mucho tiempo, parece como cinco o tres años en ese lugar.

“El asunto es que cometió un error al hacer intento de fuga. El amigo está arrepentido, mucho por desesperación y porque tiene una sentencia de cuarenta años. Hay unos internos a los que se les ha dado oportunidad por cualquier error que han hecho. Han pasado por el consejo técnico y los han perdonado.

“Yo le pido un favor muy grande: que le dé una oportunidad a mi amigo, que salga de ese dormitorio para que se viniera en el que estoy yo, el dormitorio cuatro, zona ocho, estancia dos”.

Llama mi atención “dormitorio seis de seguridad”.

—¿Qué significa? —pregunto.

—Es la zona reservada a las celdas de castigo, destino de los rebeldes, los inadaptados, los enemigos de algún capo, los reos que se enfrentan a la autoridad. Pueden pasar ahí cinco o diez años. No está la vida de los segregados en el ánimo del consejo técnico. He participado en sus reuniones. Sé de qué hablo.

“Entre voces indiferentes, un consejero inquiere: ‘¿Y Fulano?’ ‘No hay novedad’, se escucha. Y el castigo se prolonga como las cuentas de un rosario. Más años. O la muerte que llegó silenciosa”.

—¿Soporta la razón el aislamiento largo, indefinido? —pregunto.

—La celda es un cajón de cemento y el rancho pasa a través de una rejilla a ras del suelo. El reo mira el sol que no le cae sobre el cuerpo. No conversa, no escucha música, ni imaginar podría el esparcimiento de la televisión. Vive medio muerto y medio vivo muere. Pocos resisten. Sólo los excepcionales.

—¿Como quiénes?

\* \* \*

—El 16 de enero de 1992, diez reos se lanzaron a la fuga en Santa Marta Acatitla. Al intentar el salto a la calle desde una altura de seis metros, una bala alcanzó la pierna izquierda de José Adrián Gutiérrez Torner, quien cayó en el patio de la penitenciaría. Perdido el equilibrio, se desplomó desfigurado y se fracturó los huesos de la cintura para abajo. Del grupo, cinco perdieron la vida al paso de los días y tres la conservan, efímera su libertad.

“La policía actuó como un comando, cercó el penal, se apoderó de las instalaciones, sometió a los rebeldes que alborotaban y ese mismo día, actor en el zafarrancho, ocupé la dirección de la cárcel. En el hospital, tendido, conocí a José Adrián Gutiérrez Torner.

”Vi su cuerpo delgado y macizo, seguramente de reflejos vertiginosos, y observé su piel morena clara, parecida al polvo levantado por un viento suave. Sentí la atracción irresistible y el rechazo inevitable de sus ojos, ojos sin pasión, ojos sin luz, ojos sin malicia ni maldad, ojos sin dolo ni traición. Ojos sin edad, ojos sin

tiempo. El blanco era opaco, un blanco mate y la esfera no era negra ni café, era oscura. Sobre la sábana de su camastro, un hueso largo y en punta, salido de la piel como una lanza, anticipaba el futuro: baldado para el resto de sus días ese cuerpo magnífico”.

Tornero lo tiene en la memoria:

“Su voz, sin saliva, no emitía una queja. Reseca, era un instrumento para la protesta. Nada decía del rancho, pero sí de las condiciones deplorables del hospital, ausentes los médicos, sordas las enfermeras. José Adrián Gutiérrez Torner fue operado muchas veces. Entraba y salía del quirófano, borrada la frontera del dolor. Pasado medio año, volvió a la penitenciaría en muletas, erguido.

”No le interesaba mi autoridad, indigno de su trato. Alguna vez me dijo distante, sin expresión:

‘Repetiría mi vida, director’.

”Ahora está en Almoloya. Cuentan que, impávido, escuchó la noticia de su traslado al penal de máxima seguridad. Fue para él un día más”.

\* \* \*

La penitenciaría de Santa Marta Acatitla es insegura y repelente. Cuarenta años de abandono, una arquitectura aberrante y algunos psicópatas como directores, explican su condición actual y su fama oscura.

El tiempo ha transcurrido sin nuevas capas anticorrosivas que protejan su espacio exterior, sin una mano que restaure la tubería, sin camastros que sustituyan los petates que abundan. La incuria se ha extendi-

do por pasillos y dormitorios hasta hacer de la cárcel un antro desmesurado.

Su vieja construcción une el cemento con los herrajes. El cemento nubla los sueños de los presos. No hay manera de penetrarlo ni modo de trepar por su lisura. Es el material de las fortalezas y de las cárceles de máxima seguridad en el mundo. Es el cuerpo hermético de Almoloya. El hierro marca el contraste, tosca caricia para los reos.

De los herrajes que arrancan de los sardineles, de los barandales, de los ensambles de las ventanas, de los restos de la vetusta torre, nacen las charrascas, los puñales, las navajas, los cuchillos, los estiletos, las más variadas formas de las puntas. Muchos internos exhiben sus armas, las acarician. Nadie objeta la Ley del Talión en Santa Marta. La venganza es justa, bien vista.

Vuelve el doctor Tornero a la intensidad de su memoria:

“Por la torre de vigilancia, construida con barras de hierro cruzadas entre sí, José Adrián Gutiérrez Torner y su grupo planearon la fuga. Treparían hasta la atalaya y de ahí a la libertad, apoyados por el tiroteo que desde el exterior encabezaría —y encabezó— Alfredo Ríos Galeana, criminal con historia.

“Yo también habría podido escalar la torre. Sus varillas trenzadas formaban escalones. Al hacerme cargo del presidio, la cubrí con cemento. Aún no me explico tantas aberraciones. Pero Santa Marta fue el reino de Juan Alberto Antolín, una cárcel para él”.

Sigue:

“Como psiquiatra doy fe de su sadismo. Ordenó encalar el mural de Arnold Belkin, *Todos somos culpables*, bajo el pretexto de que deprimía a los presos, hom-

bres que en sus manos supieron de la sangre y la tortura. A los familiares de los sentenciados también los sometió a tratos bárbaros.

“Veneraba a Arturo Durazo, de memoria infame. Del cuello se colgaba Antolín un medallón de oro con la efigie realizada de su jefe. Le llamaba general y disfrutaba cuando Durazo le daba trato igual: ‘general Antolín’. Sin embargo, entre sus amigos sostenía que ni el general Durazo podría equipararse con Fernando Gutiérrez Barrios, don Fernando”.

—¿Por qué se ocupa de Antolín, doctor?

—Camina por las calles. Debe a los hombres cuentas impagables.

\* \* \*

Antolín despreciaba a los internos, los aborrecía, se propuso victimarlos y los victimó. Por complejos intrincados como laberintos, odiaba a los violadores como a ningún otro criminal. Un día como cualquier otro mandó por uno.

—Traigan a Fulano —ordenó al pie de su escritorio de caoba y una hilera de teléfonos al lado.

Llegó el infeliz.

—Bájate los pantalones y los calzones. ¡Bájatelos!

Bastó una mirada de Antolín y uno de los hombres de su escolta regresó con un envoltorio y una pequeña tabla de madera.

—Ponla en el escritorio.

Después, al violador:

—Coloca el miembro sobre la tabla.

—Señor...

—Que recuestes la verga, hijo de la chingada.

Vi las manos del guardaespaldas, en la izquierda un clavo grande y un martillo en la derecha.

Lo que siguió nubló mi vista, el vómito en el alma.

\* \* \*

—¿Alguna vez gritó usted tanto horror?

—No. Valoré mi trabajo más allá de mi vida completa. Una vez decidido a hablar, debo ser claro. Mi silencio me hizo cómplice por omisión.

Sobre una pequeña mesa de trabajo, en su casa de la colonia Narvarte, descansan dos grabadoras, dos tazas de café, dos vasos y una jarra con jugo de naranja. Tornero lleva el café a los labios, apenas lo prueba y ceñida con las manos sostiene la taza en alto. Busca su propio monólogo.

—¿Hizo correr alguna denuncia contra Antolín?  
—insisto.

—No. Ex reclusos de la penitenciaría lo acusaron sin consecuencia alguna. La impunidad en el medio era absoluta. Fue mi coartada. No he robado, argumentaba para mí. Ni un centavo, me animaba. Tampoco he vejado, continuaba. A nadie beneficiaría mi renuncia de Santa Marta y algo podría hacer por los internos. En condiciones adversas, trabajo a su favor. Mi formación responde a la certeza de que los delincuentes son “desvalidos sociales”, como los llama la ONU. Aun psicópatas-homicidas son personas y han de ser protegidos. Es falsa y cruel la señalada incompatibilidad entre las exigencias

de la ley y el deber del humanitarismo. Yo razonaba para mí, ordenaba mi excusa, armaba mi trampa. Pero las raíces de la verdad estaban ahí. Sabía de Antolín, del general Victoriano Navarro Navarro, de “El Nazi”, de todos. Soy psiquiatra. La responsabilidad personal es intransferible.

—Y calló, doctor.

—Callé, sí.

\* \* \*

—¿Se equivocó entonces? ¿Acertó ahora que es director general de las cárceles y reclusorios del Distrito Federal?

—¿Me equivoqué entonces? Fui víctima de mi propia confusión. El sistema era monolítico, la autoridad vertical, de arriba abajo imperaba la complicidad. Blanda o no, la dictadura inhibe.

“¿Acerté ahora? No lo sé. Dependo de mi trabajo, de mi entereza, de factores inciertos, del futuro oscuro. Una decisión íntima me tranquiliza: si fracaso, diré por qué y mostraré la cara completa”.

Antolín fue siniestro. El 25 de julio de 1977, publicó *Proceso*:

“Durante su reclusión en la Penitenciaría del DF, de Santa Marta Acatitla, a Rafael García Rueda se le conoció con los mote de ‘El Gato’ y ‘El Sonrisas’. El tres de junio reciente, Rafael se intoxicó inhalando tñner. Cuando se lo llevaban a una celda de castigo, abofeteó a uno de los vigilantes. Como represalia, el general Juan Alberto Antolín Lozano, recién nombrado director del reclusorio,

lo molió a puñetazos y puntapiés a lo largo de los cien metros que van del dormitorio cuatro al patio central. Allí, frente a unos cuatrocientos reos, el funcionario ordenó a varios presos incondicionales, que integran su 'comando', repetir el tratamiento. Horas después 'El Sonrisas' tuvo que ser trasladado al hospital de Tepepan, donde expiró.

"Además de las muertes por 'causa natural', sin autopsia, se atormenta a los internos, sostiene el ingeniero Sergio Romero Ramírez, del Comité Pro Defensa de los Derechos Humanos del Reo. Una de las técnicas es la conocida como 'método brasileño'. Amarrado boca arriba el preso, un custodio le golpea las plantas de los pies. Los impactos repetidos con una tranca durante una o dos horas, lesionan el sistema nervioso central de la víctima.

"Cuando el torturado pierde el conocimiento, se le vacía una jeringa de alcohol en las fosas nasales, se le hace caminar para que desaparezcan los verdugones de las plantas y se reinicia el tormento".

Antolín protestó. Escribió a la revista el 28 de julio:

"Señor director:

"Después de leer en el número 38 de su revista el artículo firmado por el señor Carlos Marín, intitulado 'Rapacidad, Tortura y Muerte en la Prisión de Santa Marta Acatitla', la que me honro en dirigir, veo con desagrado la ligereza con que ha sido presentado dicho artículo.

"Cuando se hace opinión pública, a través de un medio de difusión, es menester emitir críticas constructivas y denunciar, en su caso, injusticias, abusos y todo lo dañino a nuestro sistema, pero con plena confirmación.

"Asimismo, pido a usted aclarar las subsiguientes acusaciones, que también son inverosímiles.

"Sin aviso previo lo invito para que visite esta Penitenciaría, con objeto de que se cerciore de lo que sucede aquí y sus reporteros no se dejen llevar por dichos de gente que, como Romero Ramírez, sirven a un grupo de técnicos en penitenciarismo que se olvidaron de la honradez, humanidad, lógica y disciplina y que además al fracasar en su teoría, pretenden desprestigiar la labor de la actual administración".

Fui a Santa Marta y conocí a Armando Díaz, "El Nazi"; a Eduardo Rodríguez, "El Pachuco"; a Arnulfo González Mata, "El Cemento"; a Francisco Quintana Valdés, "El Mandanga"; a Gustavo Neri Delgado, "El Padrote"; a Pedro González Rocha, a Mariano Morales y a William Young White.

En un recorrido por las instalaciones, "El Nazi", el de confianza, avanzaba como estampilla de Antolín; atrás un par de guaruras y otro par al frente. A los lados, otros guardaespaldas, amenazantes. "Buenos días, señor director", decían algunos internos, gacha la cabeza.

Recuerdo sobre todo al jefe, levantador de pesas de un noventa, el cabello cortado al rape, ajustada al cuerpo una camisa de manga corta, los ojos color ciénaga que no miraban. Ahorcaba con las manos.

\* \* \*

"Todo esto es cierto, pero hay más, mucho más —retoma Tornero la conversación—. Yo formé parte del cuerpo técnico de Santa Marta. Vi el bosque y vi los árboles. Supe lo que ahí ocurrió".

Cuenta:

“Antolín disfrutaba su sevicia como una fiesta. Recibía a los familiares de los reos con una rosa sobre el escritorio y si la paciencia duraba poco, tomaba la flor por el tallo y empezaba a darle vueltas. Iba diciendo, amable, sonriente, que la rosa era un símbolo. Podría embellecer una estancia o marchitarse pronto, colocada sobre un ataúd. Decía también que en su oficina grababa las conversaciones, que para eso tenía un buen equipo, moderno, caro. La memoria falla, se pierde en el tiempo. Las palabras no se pierden. Quedan y sirven, señora, señor.

”A corta distancia de Antolín era frecuente la presencia de su jefe de seguridad, general Victoriano Navarro Navarro, temido por la furia de sus puños. Echado sobre una silla, despatarrado, se limpiaba las uñas con una navaja de punta invisible y treinta centímetros de largo.

”Había un territorio llamado ZO, Zona de Observación. Era el nombre oficial. También se le conocía como Zona Olvidada. Salvo algunos, nadie debía arriesgarse por el territorio sagrado, ni bordearlo siquiera. Al fondo se encontraban las celdas clausuradas con autógena, mazmorras construidas con cemento armado del piso al techo. Había una llave que goteaba y un agujero para el drenaje de los desechos. Apenas se levantaba la rejilla por la que un custodio de confianza introducía las sobras del rancho”.

—¿Hay más, doctor?

—Sí, don Julio.

—Para las fiestas de sus predilectos, Antolín regalaba muchachas seleccionadas de los reclusorios.

El ex director de Santa Marta fue agente de la Federal de Seguridad y guardaespaldas de Margarita

López Portillo, “mi piel”, como la llamaba su hermano José.

Libre, no es difícil imaginar el poder de sus padrinos.

\* \* \*

El 25 de abril de 1997, el regente de la ciudad confió los reclusorios y cárceles al abogado Julio Pérez Benítez, director del Registro Público de la Propiedad y de Comercio. La designación provocó estupor, agravado por el mutismo del licenciado Espinosa Villarreal frente a la exigencia pública de explicaciones claras.

La institución, comprometida con el patrimonio inmobiliario y mobiliario de los habitantes del Distrito Federal y garante de fe pública, pertenece a un mundo ordenado. Dedicado Pérez Benítez a la inscripción de documentos y su cotejo con leyes y reglamentos, era ajeno a estruendos y sacudimientos. Su traslado al más alto mirador de las cárceles resultaba incomprensible para una inteligencia de buena fe.

La época y las circunstancias oscurecían aún más el nombramiento. Nuevas autoridades asumirían el gobierno de la ciudad el cinco de diciembre y Pérez Benítez sería director de tres reclusorios, una penitenciaría y una cárcel para mujeres sólo doscientos diez días. Sin conocimiento y relación alguna con el sistema carcelario, burócrata de medio pelo, ocuparía una silla para calentarla.

El tiempo vacío repercutiría en los internos, sus familiares, sus amigos, los funcionarios, los equipos de seguridad, los custodios, los técnicos, los empleados, los negocios alrededor de las prisiones, los juzgados, las in-

fluencias, los privilegios, la paralización de los trámites, la libertad diferida, el fortalecimiento del crimen organizado.

Los anteojos de frágil armadura negra y cristales redondos, el bigote cuidado hasta el principio exacto de las comisuras de los labios, la curva suave de los maxilares, un rostro pasivo y dormilón, tampoco ayudaban a Pérez Benítez. "Lo vimos llegar inerme, militar de botas y casimir inglés", dice irónico el doctor Tornero y va para atrás en sus recuerdos:

"Se instaló en la dirección de los reclusorios como quien se dispone a salvaguardar la buena marcha de un comercio. Le interesaban los resultados de la jornada. Caída la tarde, esperaba el llamado 'parte sin novedad'. Si el comunicado daba cuenta de un día sin gresca, ni homicidios, ni fugas, ni suicidios, Pérez Benítez respiraba.

"No hubo noticia en siete meses de alguna inspección por las prisiones, un recorrido por los rincones pestilentes, la toma de conciencia de los paraísos carcelarios amparados por la droga y la impunidad. No se tocó un pelo de Wesson Muñoz, en el reclusorio norte, para citar un caso sobradamente conocido desde hacía ocho años. El jacuzzi, el gimnasio, la bodega, el jardín interior, la recámara, el despacho, los celulares para comunicarse con el mundo, las diez celdas para él solo y sus familiares, las otras treinta y tres que alquiló a hombres de la fama de Juan Antonio Zorrilla y Rafael Moro (implicados en el asesinato de Manuel Buendía), todo contaba, pero nada como el cerrojo que apartaba a Wesson de la cárcel. Si el director del reclusorio deseaba verlo, debía pedir audiencia. El señor Wesson vivía como un ejecutivo. Lo era.

"Wesson había sido condenado y en cumplimiento de la ley ordené su traslado a la cárcel de Santa Marta. Ese mismo día deshice el edén, de las recámaras a los juegos para los niños. Los inquilinos de la prisión dorada pasaron al dominio del estado.

"Santa Marta sería un incidente en la vida carcelaria del capo. Seguiría Almoloya, junto a los suyos: Miguel Ángel Félix Gallardo y Ernesto Fonseca Carrillo. Todo marchaba, una vez iniciados los trámites conducentes en Gobernación, autoridad del penal de alta seguridad.

"Un juez federal pensó de otra manera y deshizo los planes: protegió a Wesson. La explicación me pareció fútil: peligraba en la penitenciaría. Uno de los suyos, 'El Chupón', había sido asesinado. De nada contó la querrela en contra del amparo. Los homicidios eran frecuentes en el reclusorio norte y no eran equiparables las medidas de seguridad entre un centro y otro. Además, ofrecí custodios permanentes en defensa de la integridad del capo. Todo esfuerzo ha sido inútil. Han transcurrido más de cuatro meses sin respuesta del juez.

"Wesson volvió al reclusorio norte, a su lado el jefe de seguridad. Ya en la celda, el narco miró al vigilante y le mostró tres compactos fajos de billetes, dólares. 'Agarre', le dijo".

\* \* \*

Vuelve el doctor Tornero a los tiempos de Espinosa Villarreal:

Auxiliar de Julio Pérez Benítez, el director general, Rubén Fernández Lima se estrenó como responsable

del reclusorio norte. A diferencia de su jefe, el medio carcelario no le era ajeno. A diferencia de su jefe, también, podría tener un futuro ahí donde se iniciaría el pasado del ex funcionario del Registro Público de la Propiedad.

Fernández Lima emprendió su tarea con el mejor ánimo y durante los primeros días se desempeñó con eficacia y tino. Pedía informes pertinentes, detectaba focos purulentos, iba de un lado para otro sin golpeadores y se hacía sentir entre los presos y los custodios, gemelos con uniformes que los distinguían.

Pronto se le acercaron los amigos: **no estaba ahí para transformar la cárcel**, le decían. Su función era otra: **mantener el orden establecido**. El tiempo era agitado para todos, envuelto el país en contiendas inéditas. Fernández Lima siguió adelante sin alterar el ritmo ni la orientación de su trabajo.

Una primera advertencia, de origen oficioso, tampoco lo detuvo. Conservaría el paso y mantendría sus reportes a la dirección general. No había excusa para escarnecer aún más a los internos, ya degradados.

Hubo, al fin, una reconvencción enérgica y la breve historia de Fernández Lima llegó a su fin.

En su lenguaje:

“Me llamaron”.

—¿Confía usted en la palabra de Fernández Lima?  
—le pregunto al doctor Tornero Díaz.

Discurre:

“La evidencia no está sometida a juicio. Caben en ella la exageración y el matiz, pero no su negación. Puedo asegurar que en los últimos siete meses de la administración anterior nada cambió en el reclusorio norte. Nada es nada. En lenguaje llano diría que no se cambió

un foco ni se repuso un vidrio ni se compró una cacerola que sudara el caldo.

“La realidad y una inmensa corrupción están ahí, en las prisiones. Ni disminuido por un ataque de candor podría aceptar que el regente de la ciudad no supo de la miseria moral y física del submundo carcelario. Tampoco podría admitir que sus deberes, tan altos, le negaron la mirada a un horizonte tan cercano.

“Al licenciado José Ignacio Jiménez Brito, enlace del Departamento del Distrito Federal con los penales, nunca lo sorprendí con una maleta de dinero en la mano. Sin embargo, no lo imagino ajeno a la explotación en los reclusorios. Otro tanto podría afirmar de la inmensa mayoría de los directores de las cárceles. Y de sus jefes de seguridad. Y de los custodios, uno ya viejo que llega a su trabajo en un Cadillac limpio como una joya. Y de los vigilantes y los porteros, saturadas nuestras cárceles de droga y alcohol.

“Frente a la vejación transformada en costumbre y el sufrimiento cruel de miles de seres humanos, me pregunto cómo pudiera eludir su responsabilidad el ex regente. Hay un principio que rige para los jefes. Es el llamado dogma del deber. En la cúspide, la carga ética no se distribuye.

“Hacia abajo podrán contarse los culpables que se quiera, pero en las alturas imperó por omisión o por comisión, o por ambos motivos, la voluntad de un hombre.

“Creo con el vigor de la certeza que el licenciado Espinosa Villarreal no tiene por dónde escapar a la condena moral de una sociedad, la penitenciaria, a la que hirió hasta sangrarla”.

\* \* \*

Humberto Macotela es hombre de maneras suaves y apariencia frágil. Casi siempre vestido de oscuro, cuida su bigote fino y cubre las uñas con un esmalte discreto. Inclinado al solaz, no cultiva rosas, pero cuida cachorros. Le gusta, como ninguna, la raza dálmata.

Formado en las huestes burocráticas del Departamento del Distrito Federal, sus jefes pensaron en él para la dirección del reclusorio oriente. Ajeno al derecho, a la psicología, a la sociología, al penitenciárisimo, a la medicina, de temperamento sumiso, llegó al puesto con una decisión: vivir inadvertido.

En la tranquilidad de las cuatro paredes de su oficina, seguro con los timbrazos que mantienen alerta a los ayudantes y al chofer junto al automóvil, rehuyó el trato con internos y custodios. Él no era para eso. Evitó los recorridos rutinarios y no se le habría ocurrido una súbita inspección nocturna en busca de puntas y droga, origen de los crímenes y la locura en el penal.

Una mañana de cielo azul, alto el sol, distraído con la correspondencia, irrumpió en su mundo apacible una joven señora. Discreta, la secretaria que aguardaba instrucciones con el bloc de taquigrafía en la mano, se hizo a un lado.

—Las niñas están llorando —escuchó a la visitante.

Frente al silencio del director, volvió la señora:

—Están llorando, Humberto.

—Vamos —dijo al fin.

A treinta metros, en un espacio cubierto y limpio como una guardería, una hembra robusta, dálmata hermosa, había parido cachorros. De la cría, tres hembras lloraban.

\* \* \*

“Conocí a Macotela. Lo escuché suplicante, lo vi llorar.

—No puedo más —me decía—. Por favor, doctor —repetía y repetía, adelgazada la voz.

”Fui sabiendo —rememora el doctor Tornero:

”El abandono de sus deberes rebasó cualquier límite. Es regla elemental que con el último parte de la jornada, ausente el director, un hombre de su confianza debe mantenerse atento a todo cuanto ocurra en la prisión. No hay hora sin incidente ni día sin gresca. La guardia en la prisión se corresponde con la emergencia en un hospital.

”Macotela se retiraba del reclusorio con la última luz del sol y volvía a la mañana siguiente o reaparecía dos días después.

”Al cabo de unas semanas, incluida la correspondencia sin abrir, la autoridad perdió su sentido. Cayó el penal en el autogobierno y la corrupción lo cubrió como una marea alta.

”—No vivo, doctor —gemía.

—Entienda, Macotela, no puedo aceptar su renuncia por ahora. Primero necesito conocer las condiciones en que me hago cargo de la prisión.

”La cárcel no podía encontrarse en peor estado. Una sensación que pesa, huele, embarra la piel y la penetra, expresa lo que yo no puedo explicar: me impregnó la peste”.

—¿Consignó a Macotela?

—La complicidad en las cárceles es fuerte. Al cambio de director, se cierran sobre sí mismas, haga de cuenta un cuerpo que abraza otro hasta ocultarlo. En esa oscuridad, a la espera, se escuchan voces y aplazan venganzas. Todos callan.

—¿Aceptó la renuncia de Macotela?

—Fue vergonzosa. Gemía su gratitud y se pasaba las manos por los ojos.

\* \* \*

Una luz negra oscurece las prisiones día y noche: la muerte.

A lo largo de la semana que va del dos al ocho de marzo, el doctor Tornero fue informado de tres suicidios y un homicidio en los reclusorios sur y oriente. Ocurrieron en las horas más desguarnecidas, lejana la madrugada.

La tragedia enferma al penal. Su población quiere saber, exige los pormenores del suceso. La muerte, donde se la encuentre, es el acontecimiento de la vida.

Uno de los suicidas, Mario Gómez, abandonó su camastro camino a los excusados. Era un hombre de cuarenta años, tranquilo, acostumbrado a la lectura. Solitario, hablaba apenas y sonreía a todo aquel que lo miraba. Se le apreciaba como a un pariente cercano del que poco se sabe.

Trepado en el retrete, se colgó. Una nota manuscrita atada al cuello con un mecate pedía que a nadie se le hiciera responsable de su decisión. Una súplica selló su tiempo:

“Avisen a mi hermana”.

Perturba la cadena, las muertes en serie, síntoma de zozobra y agotamiento en los penales. El último límite se aproxima para todos.

Cavila Tornero. Las grabadoras registran el silencio. Con su inteligencia lejos, me aparta. En la sala de su

casa, a la distancia de dos hombres que hablan bajo, me siento un extraño.

—¿Se da cuenta? —dice al fin.

—¿Qué me quiere decir?

—En las cárceles se vive bajo el temor. Sin descanso.

—Pienso a mi pesar que el homicidio es asunto del ministerio público y los muertos, muertos están. ¿Qué más doctor?

—No se trata de eso.

—Entonces de qué.

—Quisiera explicarle.

—Diga, doctor.

—Yo también soy un preso.

—Lo imagino.

—Vivo una vida contradictoria, nudosa.

No distingo entre su preocupación y su angustia.

Su rostro se cierra y empieza a hablar, profundas las arrugas que lo marcan.

\* \* \*

“Soy psiquiatra y convivo con miles de enfermos, muchos dañados de manera irreversible, algunos locos para siempre. Otros, muchos también, caminan a la esquizofrenia, quebrados los afectos profundos, destruida su relación con el mundo exterior. No conozco un interno sin neurosis, alterada su capacidad intelectual, disminuida su aptitud física, desviada o aniquilada su sexualidad, exacerbado el abrigo de la intimidad.

“Corrupción y explotación son palabras que envuelven el vacío. Nada dicen. Importa mirar a los inter-

nos de cerca, cara a cara, armarse de paciencia para escuchar su voz truncada. Sólo así es posible sentir el tono descolorido de su vida, el tedio que todo se traga.

"El hacinamiento, el hedor, el estrés, el trabajo que no llega, el deporte imposible, la golpiza al acecho, la venganza a punto, la disputa por los territorios, la pérdida del sentido de humanidad, todo junto llevaría al recluso al incendio de su propia vida y la ajena si no fuera por el licor o la droga. Si la prisión ahoga, el trago y el polvo liberan.

"Los reos, los más, desvirtúan el lenguaje y debilitan su identidad como personas. Sin conversación, se comunican con silbidos. Atentos al jefe de seguridad, anuncian sus pasos con sonidos que imitan las voces de los pájaros. Conocedores de los odios y los rencores de la cárcel, si las puntas brillan en un rincón y por ahí mero-dea un custodio, cubren a los pendencieros con notas largas y agudas.

"Les gustan los tatuajes y se adornan con pechos inabarcables y nalgas inconcebibles; caderas recogidas y cinturas como aros, leopardos y tigres que avanzan, águilas con picos que devoran. Su obscenidad, sosa y pueril, se lee en los excusados".

\* \* \*

—Aludió usted a su propia vida como conflicto sin respiro y aun deforme. ¿Por qué, doctor?

—Como director de las cárceles debo erradicar la droga y como psiquiatra debo cuidar de los adictos, graduar sus dosis, desintoxicarlos poco a poco. La pugna es

insalvable. El funcionario y el médico responden a principios distintos. Uno, la restitución del orden en los penales, prohibidos los tóxicos, sin reglamento que los autorice. Otro, la salud de los enfermos, su primera y última responsabilidad. Además, en el caso de los adictos no hay manera de avanzar un paso.

—Haga lo que pueda, doctor. Las metas inalcanzables matan la iniciativa.

—Soy fiel al realismo, que reafirma la vida. La atención a un enfermo es carísima. No hablo solamente de las medicinas ni del cuidado que reclama su estado. Tampoco del ojo avezado que lo vigile. Tampoco hablo de la familia, los amigos y las personas cercanas que apoyen y resistan las furias y depresiones del drogadicto. Tampoco de las instituciones adecuadas y con los recursos necesarios para enfrentar el problema de la desintegración humana, que eso y sólo eso es la drogadicción. Tampoco de los periodos de reposo ni la alimentación equilibrada ni los espacios abiertos que son indispensables. Hablo de lo elemental: **el drogadicto preso requiere de un ambiente tranquilo que lo rodee y proteja.** Algún sobresalto, una crisis de angustia, el miedo, una riña, un cielo de nubes sin sol, un cielo de sol sin nubes, un viento frío, un atardecer cálido, un susurro, el silencio prolongado, la quietud súbita, la ausencia de la madre el día de visita, la frialdad de la compañera, el propio desgano, todo lo afecta y precipita al veneno. La estabilidad es condición para la cura. No se ha encontrado fórmula mejor. El drogadicto tiene alma de cristal. ¿Cómo preservar el finísimo vidrio? Si el drogadicto tropieza y cae, los familiares y el médico recogen los pedazos para volver a **empezar.** Esta es la realidad del enfermo y su contorno, extenuantes. Así transcurren los días, los años. La pa-

ciencia se agota, aparece el resentimiento, un encono parecido a la ira. Y, como un mal sueño, inevitable, la apetencia de la muerte.

—Deja en mí algunas impresiones, doctor.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Al drogadicto usted lo carga como a una criatura. Pienso en el gavillero que muere sobre los hombros de su padre en uno de los famosos cuentos de Rulfo.

—Soy psiquiatra. La drogadicción reduce los márgenes de la normalidad, corta la vida de relación, lleva a la psicosis.

—Usted vive la drogadicción como una tragedia personal.

—No está lejos de la verdad. Las cárceles han engendrado miles de drogadictos, hombres perdidos. No tiene medida la responsabilidad de las autoridades en este crimen masivo. Conocido el problema de muchos años atrás, los gobiernos lo dejaron crecer. Las prisiones terminaron como hogares de los narcos.

—¿Existen los centros de salud para los presos?

—Existen, por supuesto, como existe la sombra en relación al cuerpo.

—No sirven.

—No.

—¿Seguro, doctor? ¿No será que su temperamento lo lleva a la exageración?

—Me quedo corto.

Calla. Vuelve:

—¿Le cuento?

—Por favor.

—Tengo en mis manos las fotografías y la firma del notario que las certifica. En la clínica del reclusorio norte el instrumental médico se halla en el fondo de bal-

des sucios. El agua es grasosa. Ahí están las jeringas, las agujas, los bisturíes. Las medicinas apenas se ven: unas cajas y algunos frascos alineados en espacios sobrados. El consultorio es inhóspito, maloliente.

Evoco a Heberto Castillo en Lecumberri, el llamado Palacio Negro, meses después de la matanza del dos de octubre de 1968. Uno más en una larga fila, observaba con escalofrío: al fondo, un dentista y un par de ayudantes ordenaban a los reos que abrieran la boca —“grande, cabrón”—, los inyectaban sin cambiar la aguja de la jeringa, aguardaban apenas el efecto de la anestesia y rápido extraían las piezas destruidas por la caries.

Le llegó el turno a Heberto.

—A mí no me inyecta con esa aguja.

—Abra la boca.

—Quite la aguja.

—¿Así entonces, muy macho?

Heberto se derrumbó, inconsciente.

\* \* \*

—De los enfermos, pues, nadie se ocupa.

—En teoría, las clínicas de las cárceles y los reclusorios. En la vida traducida en hechos, nadie.

—Descontada la corrupción, ¿cómo se llegó al cero?

—El año de 1976 el gobierno construyó un hospital para los reclusos. La torre del edificio se elevó, airosa, en Tepepan. Fueron dispuestos espacios generosos y todo un arsenal para la consulta, los quirófanos, la terapia intensiva, la convalecencia, las especialidades, los

servicios administrativos. Abierto a jardines cuidados, de alguna manera se restituía el aprecio por los enfermos tanto tiempo abandonados a su dolor.

“Pronto, consideraciones inesperadas hicieron de las suyas. Por un lado, la atención a los internos resultaba onerosa y, por otro, no había un lugar propio para las mujeres sentenciadas. De golpe, el hospital quedó reducido a un simple depósito para enfermos, volátil la inversión enorme que representó y de todo eso, además, surgió una prisión *sui generis*.”

—¿Por qué *sui generis*?

—Por absurda.

—¿Por qué absurda?

—No hay manera de transformar un hospital en cárcel.

—¿Por qué no?

—Imagine puertas de cristal en la prisión, zonas aisladas, frágiles celosías, rincones que se prestan a desfuegos que son llamas, corredores inaccesibles a la vigilancia permanente. La casa-penal por sí misma relaja la disciplina, da pie a la incertidumbre, favorece la corrupción.

—¿Debo traducir incertidumbre por miedo a la evasión de las reclusas?

—Las mujeres no se fugan. Piensan en el futuro que pudieran rescatar cumplida su condena. En el orden, conservan sus valores. Esa es mi zozobra. La corrupción pudre, la corrupción propiciada por la autoridad pudre dos veces. La cárcel, como está, niega a las mujeres el porvenir.

—Dice usted que las mujeres no se fugan.

—Supe de Lola la Chata hace muchos años, treinta, cuarenta. Era una mujer alta, rubia, de ojos intensos,

de porte airoso, agitanada. Hermosa. Se dedicaba al tráfico de los enervantes de entonces, alucinógenos, marihuana, pastillas, cocaína, incipiente aún, heroína, que también empezaba. Su amante tenía un taller de automóviles en la colonia Guerrero. Lola la Chata burló la vigilancia de la cárcel y ganó su libertad. Nunca más supe de ella.

—¿Y de alguna otra?

—Casos debe haber. Los desconozco.

—¿Padecen las reclusas algún miedo a la libertad?

—Resista mi cursilería: instalada una mujer, ahí nace un hogar.

\* \* \*

Sonríe el psiquiatra, algo lo divierte.

—¿Qué trae, doctor?

—Esta historia. Reciente:

“A la casa-cárcel de la que hablábamos llegó una anciana con una pequeña televisión a cuestas. Jadeaba camino al encuentro con su hija. ‘La de mi hija está descompuesta’, explicaba a su paso.

“Terminado el tiempo de visita, la interna cargó la tele inservible y acompañó a su madre por los pasillos del penal. La escena era doméstica, apacible la tarde. Sin dejar de conversar, llegaron a la calle. Y siguieron.

”—¡Mamá!

”—¡Hija!

“La interna regresó”.

A mi vez, le cuento al doctor Tornero:

En Guadalajara supe de las andanzas de Blanca Nieves Gómez. Ingresó a la cárcel de Puente Grande convicta por robo. Siete procesos en su vida joven de 26 años.

La reclusa atraía por su trato amable. Le caía, inevitable, algo más que un apodo: "Blanca Nieves y sus siete procesos", le decían.

Adelantada su liberación por buena conducta, sus compañeras acordaron obsequiarla con un pastel en fecha tan señalada.

—No lo parto —decía entre sollozos—. No quiero hacerlo.

—Es tu despedida.

—No lo parto —repetía con el cuchillo de plástico en la mano y los platos al lado.

—Pártelo.

—No me quiero ir.

Y lloraba.

\* \* \*

—Del dinero para las cárceles no se rinden cuentas cabales —dice Tornero—. ¿Qué ocurre? ¿Año tras año se evapora así nomás?

—Como el agua tocada por el sol.

—Desciende de las alturas, desaparece. Vuelve a las alturas.

—Parece una descripción política, doctor.

—De eso se trata. Son muchos los millones de los que ni vestigio queda. El dinero está en las nóminas, ahí, en los rubros de una administración escrupulosa en el papel. No tengo duda: el dinero público se vuelve privado.

El diez de marzo, en el Salón Verde de la Cámara de Diputados el director general de las cárceles compareció ante la Comisión de Derechos Humanos de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. De acuerdo con la versión estenográfica de lo que ahí se dijo, fue patente el latrocinio que despoja a los internos de alicientes para vivir.

Rige un programa —DM en la jerga burocrática— que se preocupa por los reclusos. Generoso en la letra de las buenas intenciones, a esto se obliga:

Impulsar la educación, promover eventos culturales, impartir cursos de capacitación, actualizar los sistemas de seguridad, valorar los estudios psicológicos y psiquiátricos de los internos bajo el *shock* carcelario, garantizar el funcionamiento de talleres eficientes, mantener al día los expedientes para beneficio de los reos con faltas menores y buena conducta, actualizar el sistema de cómputo.

En la pregunta de los asambleístas a Tornero —“¿y de todo esto qué se hizo?”—, la respuesta fue de helada sencillez:

—Nada.

Agregó, sin lugar a dudas:

“De los quinientos millones de pesos destinados a estos propósitos el año pasado —y no hablo de los muchos millones acumulados de tiempos anteriores— nada se ve”.

Remató, a título personal:

“Yo me pregunto qué esperamos para pedir la intervención de la Contraloría en todo esto”.

Luego, ceñido a su función:

“No soy el indicado para hacerlo. Yo levanto actas, informo, hago públicos los datos que se me piden. Toca la decisión a las autoridades superiores”.

—¿Le fue bien, doctor? —le pregunté al día siguiente de su comparecencia.

—Yo mostré una población inmolada a la corrupción. El crimen es masivo. La materia para una investigación sin concesiones partiría de la realidad inocultable: la incuria de las cárceles, el caos que en ellas impera, la herida infectada que llega a los huesos”.

Durante la comparecencia, que se prolongó todo el día, la diputada Esveida Bravo Martínez contó una historia. La llamó “triste”.

Tiempo atrás visitó el reclusorio norte junto con algunos de sus compañeros. Llamó su atención un refrigerador de dos por dos metros cuadrados o más grande aún. Lo cerraba un candado y para todos fue claro que ni “la manita de gato” de última hora disfrazaba su mugre ostentosa.

Abierto, quedó a la vista la comida para los internos sometidos por prescripción médica a una dieta estricta: un plato con un puré de amarillo incierto y una col.

También había cucarachas, dijo doña Esveida.

\* \* \*

(Las reglas del absurdo conducen al extravío y a propósito de la aberración recuerdo al doctor Danilo Bartulín, personaje chileno. Cercano a Salvador Allende, encabezó el GAP, Grupo de Amigos Personales, responsable de la seguridad del Presidente. El once de septiembre de 1973 uno conservó la vida y el otro la perdió. No jugó el azar en la doble aventura. Al precio de su honor, Allende or-

denó a Bartulín, como a todos, que lo dejaran solo y entre la infamia y la muerte optó sabiamente.

La dictadura de Pinochet llevó a Bartulín al extremo sur de Chile. Ahí donde se encuentran las salinas, donde el sol ciega, donde la piel arde por la sal y el fuego, dejó de contar las veces que fue llevado a la tortura. En la plancha del martirio gritó por la muerte.

Inaceptable era el vacío de la mazmorra, las horas heladas, la espera, el regreso. El ritmo pesado de las botas que se aproximaban para volver a lo mismo, lo paralizaba entero. Habría querido lanzarse sobre el verdugo, escupirlo, descubrirse el sexo y mostrarle su desprecio con actitudes obscenas. Nada podía. Era Bartulín, el puro pavor.

Consumido como todos, los restos de energía sólo le daban para sufrir. La jornada se partía en dos: el azul alucinante del día y frías y sin abrigo las noches interminables.

Los domingos aparecían algunos sacerdotes por el campo de concentración y había que escucharlos. Bartulín se estremece. También se ríe:

“En sus sermones, los clérigos invocaban el amor a Dios, la vida eterna, la sabia virtud de la paciencia, la abstinencia sexual”.)

\* \* \*

Para la alimentación del ejército, el gobierno gasta quince pesos diarios *per capita*. El valor del rancho se eleva hasta dieciocho pesos cincuenta en las prisiones. No cuenta que el militar temple su cuerpo para la incertidumbre y que el interno viva enclaustrado. La realidad

es como es: los reos y el personal carcelario están veinte por ciento arriba de los soldados y oficiales.

Sorprende la diferencia al director de prisiones.

—¿Seguro? —inquiere.

—Seguro. Me informé con generales.

—Nada justifica la inequidad. El gobierno está obligado a velar por la salud de los soldados y los reos en los cuarteles y en las cárceles. Son personas. Pero de inclinarse por alguna diferencia, ésta debería favorecer a la tropa.

—¿Qué opina de ese veinte por ciento, doctor?

—Lo asocio al negocio del hambre.

—¿Por qué?

—Las cocinas de las cárceles calientan bazofia. A los presos de rango no les falta la sopa, las tortillas, los frijoles, las verduras, la carne en buen estado. Para los zombis, para los "erizos", para la gran población carcelaria quedan las sobras y un caldo pintado de verde o rojo, si rojos o verdes fueron los chiles que los cocineros vaciaron en las ollas gigantescas.

"La carne, que no abunda, frecuentemente despiende mal olor. De llevársela a la boca, le aseguro, usted temería por las consecuencias de la oncocercosis. Hace un par de días los camiones descargaron en Santa Marta vísceras para la basura. Y hace poco llegaron peroles con grumos de leche descompuesta. Y hace poco no hubo verduras. Y hace poco escasearon los frijoles. Y hace poco..."

Sigue Tornero:

"Incluidos todos, del multiasesino al custodio y del funcionario a la secretaria de sueldo magro castigado por los préstamos, el gobierno costea cerca de veinte mil raciones para las cárceles. Son toneladas de comida,

un pueblo al que nutre tres veces al día. Por dieciocho cincuenta y considerados los recursos y maniobras que abaratan los precios en compras de esa magnitud, los internos deberían encontrarse bien alimentados, físicamente sanos. Desnutridos, agotados, perdido el ánimo, viven apenas.

—Doy por descontada la existencia de una cadena de proveedores, distribuidores y transportistas enredados en la corrupción.

—Piense de las mafias cuanto quiera. Acertará siempre.

—¿Cómo salir de todo esto, doctor?

—¿Cómo salvar al desahuciado, me pregunta?

—Más o menos.

—Soy enemigo de la retórica. No sé.

\* \* \*

A comienzos del siglo, inaugurada con pompa y estruendo la penitenciaría de Lecumberri, a nadie le habría pasado por la cabeza que con el tiempo el gobierno incumpliría en gran medida su obligación de alimentar a los presos. La prevención de oro —una puerta semiabierta es una puerta abierta— fue echa a un lado, se cubrió de polvo el reglamento que prohibía la introducción de comida a las celdas y nació un negocio.

Talleres sin equipo suficiente y aun sin maquinaria, cascarones vacíos, ociosa y sin ingresos la gran mayoría de los internos, una miseria sórdida se fue extendiendo por las prisiones. Aumentaron los homicidios, los suicidios, fue implacable la disputa por los territorios y

hasta a los internos encargados de la limpieza se les retiró la paga ínfima a que obliga la ley. Los "mayores", soplones y cómplices de los funcionarios, se cobraron venganzas, odios y celos. La fajina, el aseo, fue castigo para los rebeldes y los hombres adictos a una mujer, si sobre sus cuerpos caía la codicia de algún pederasta. Las prisiones se degradaron y la corrupción apareció en todas sus formas. El paso de la comida y el alcohol tuvo un precio. Creció el negocio y se multiplicó, afluentes por todos lados. La puerta franca para las amigas de los internos, mercancía más fina, adquirió el rango de la tarifa.

El país se fue yendo para abajo y la ilusión de un futuro promisorio se hizo lejana. La huelga ferrocarrilera de 1966 llevó a las cárceles (y al campo militar) a los primeros presos políticos en la historia moderna del país. Cayó Demetrio Vallejo, cayó Valentín Campa, cayó Alberto Lumbreras, cayeron otros líderes y grupos indiscriminados de trabajadores, miles. La represión fue brutal, organizada por el secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz. Era voz pública que el Presidente Adolfo López Mateos viajaba por el mundo, disfrutaba de las mejores prendas de la vida y "Gustavito", como lo llamaba el jefe de la nación, gobernaba como primer ministro *de facto*.

Aún se recuerda la historia de Román Guerra Montemayor, dirigente ferrocarrilero de Monterrey, bravo, carismático, sacrificado con lujo de crueldad. Apareció su cadáver en la vía del ferrocarril, pintadas las uñas de colorado, pintados los labios de carmín, pintados los ojos con carboncillo, pintadas las mejillas con un rosa tenue, por ahí unos zapatos de tacón alto y algunas sedas. En febrero de 1959 los periódicos eran consecuentes con la línea oficial y pocos difundieron el oprobio.

David Alfaro Siqueiros también fue a la cárcel con Filomeno Mata, hijo de un héroe de la revolución que hasta calle tuvo en recuerdo de su patriotismo. Al pintor lo visitaron artistas, amigos, correligionarios, personajes. Pablo Neruda dejó un poema y Lázaro Cárdenas conversó con el muralista en su jaula. Una grieta se hizo visible en la dictadura priísta, ya no tan blanda. En el lenguaje popular, Lecumberri retenía su otro nombre, Palacio Negro, centro del horror.

La matanza de Tlatelolco, el dos de octubre de 1968, abrió la penitenciaría a líderes, maestros, estudiantes, seguidores y simpatizantes del movimiento histórico. Heberto Castillo encabezó la lista del nuevo grupo de presos políticos. Nombres entonces execrados por la adulación al gobierno y hoy exaltados por los serviles de antaño, cancelaron una época: la nación había dejado de existir como tierra limpia para los perseguidos de las tiranías del mundo. Luego vino 1973. Sacrificado Salvador Allende y triunfante el Victoriano Huerta de aquellas latitudes, Augusto Pinochet, el exilio chileno fue acogido con un fervor que recordó, vagamente, el peregrinaje de los republicanos españoles. No fue suficiente. México tenía ya para entonces dos imágenes: el poder cerrado a la libertad y la libertad que aco-saba al poder.

El gobierno quiso lavar el rostro de sus prisiones. Lecumberri fue transformado y de su propio suelo surgió el Archivo General de la Nación, la cultura que sepultaba la barbarie. Tres reclusorios fueron diseñados con el ánimo de volver al principio olvidado, la rehabilitación de los hombres y mujeres marginados de la sociedad. Todo nuevo, todo distinto. Centros de trabajo, ahora sí; orden y dignidad, no faltaba más; severidad en la

ley, por supuesto. Pronto se apagó el eco de los propósitos y el caos hizo suyo el sistema penitenciario completo.

Volvieron al abandono los talleres. El robo y la negligencia acabaron con la maquinaria (o nunca fue surtida) y por las aduanas de los reclusorios transitaban las mujeres, los efebos, libre el acceso para la comida, el alcohol, la droga. Habría pasado un furgón, festejada su presencia con los guiños y las sonrisas sobradas de los custodios y funcionarios.

Pronto aparecieron otras complicaciones:

Desarrollaron los internos redes de comunicación que avivaron la corrupción y anudaron hilos para la revuelta, amenaza latente en cualquier encierro. Parejas separadas físicamente —la mujer en el reclusorio oriente, el hombre en el reclusorio sur— tramitaban su encuentro y ella era trasladada adonde él se encontraba. Nada extraordinario suscitaba la unión, consagrada como un derecho inalienable. Pero al abrazo de las parejas comprometidas, las reales, siguieron las citas de las parejas ficticias, parejas cómplices, correos de información.

Del reclusorio "a" escapaba al reclusorio "b" noticia del amasiato del jefe de seguridad con una interna de reciente ingreso o la información sobre las veleidades de un director o detalles sobre un conflicto en puerta o el inminente envío de coca al "c". Todos estos eran informes preciosos, un poder en manos de los reos. Estaba a su alcance provocar un desaguado o inutilizar a los funcionarios del penal, atrapados.

La comunicación va y viene. Tiene un ritmo, su propia cadencia. En el origen de la información están los narcos. Apoyados en el exterior, mueven a sus marionetas en el interior de las prisiones.

\* \* \*

Le pregunto al director de las cárceles:

—¿Cómo se hace, en la práctica, para corromper a un director de prisiones? A usted, en la penitenciaría de Santa Marta, ¿cómo le "llegaron"? Si fue una mujer, ¿cómo? Si fue la droga, ¿cómo? Si fue el dinero, ¿de qué manera?.

—¿Sólo existen para usted la sexualidad, la evasión y la fuerza, el dominio del dinero?

—¿Hay acaso otros poderes en las cárceles que usted describe?

—Uno sobre todos: la siembra del miedo.

—Cuenta, doctor.

—El miedo se pega. Es una piel. El miedo es el arma de los narcos, de los matones, de los soplones, de los pandilleros.

"El miedo se nota, se ve la sombra que cubre a los cobardes y a los sujetos sin autoridad moral. De los cobardes no vale la pena ocuparse. Los segundos, pendientes las cuentas que los años les fueron dejando, vacilante su mundo interior, acaban en la simulación. Se corrompieron, sin principios por defender. Es el caso de la mayoría de los directores y jefes de seguridad que han pasado por nuestras prisiones. Terminan como actores, confundida la vida con la representación".

—Simuladores hay muchos y en todos lados. A usted, ¿cómo le "llegaron"?

—Los primeros días en Santa Marta transcurrieron en blanco. En el toreo, el espada observa al burel antes de iniciar la faena; en el box, previo al cambio de golpes, los púgiles se estudian. Los internos averiguaban mis antecedentes, se informaban de mi vida.

—Nada que le llamara la atención.

—Un custodio llevaba a mi oficina platillos seguramente exquisitos. Provenían del ala privilegiada del penal, el ala de los narcos.

—¿No los probó?

—Los agradecí.

—¿Y luego?

—El acercamiento. Un recluso del círculo selecto me pidió audiencia. Conversaríamos, le hice saber. Y dejé a mi vez que pasaran algunos días. Luego, señalé el día y la hora. Llegó a mi oficina con un paquete cuidadosamente envuelto. Lo acomodó sobre mi escritorio, sin palabras, equidistante entre ambos. En unos minutos dimos cuenta de las cortesías. Él, para desearme éxito; yo, para agradecerle su interés. El promotor del encuentro habló. La penitenciaría enfrentaba problemas, barca que podría hacer agua, dijo, puntual. La comida dejaba mucho que desear, las camas eran insuficientes, la vigilancia se excedía, faltaba trabajo, sobraba ocio, la pintura estaba caída, algunos caños tapados, las visitas se sucedían sin regularidad. Era una injusticia. La comunicación se logra entre las personas que se ven seguido. No era el caso. La tolerancia, “una sana benevolencia”, favorecería a todos. “Y a usted, particularmente, señor director”.

—¿Hizo alusión al paquete?

—Ninguna. Yo tampoco. Le recordé que era un condenado por delitos contra la salud. La sociedad exigía su castigo y la ley había actuado en consecuencia. Está bien, admitió. Pero un sentido humanitario debía hacerse sentir entre los que sufren cautiverio. Apeló a mi generosidad, que hace mejores a los hombres. A la comprensión, que los ilumina. Escuché el sermón. Su voz seráfica me adormeció.

“Callamos los dos. Esto es para usted, dijo al fin. Y me acercó el paquete, resbalándolo por la superficie del escritorio”.

—¿Para mí?

—Es un regalo, señor director.

“Abrí el paquete. Los ojos del narco paseaban por el techo y la pared frontal. Si no veía, su alma de nada se enteraba”.

\* \* \*

“Fracasé en Santa Marta como en tantos otros sitios”, reconoce el doctor Tornero. No se hincha en la humildad de su confesión.

”He jugado a todas y he perdido en casi todas. No pude con la corrupción y la negligencia; no conté al lado de la arbitrariedad y la sevicia. Supe del sumidero de las cárceles”.

Juan Pablo de Tavira, ex director de reclusorios y el primer director de Almoloya, califica a su colega: eminente psiquiatra con obra exigua.

Escribió Tavira en 1976, sin comparación las pobreza de entonces con la indigencia de hoy:

“En la dirección general se recibía participación de todos los negocios. Los reclusorios se deterioraban físicamente de una manera impresionante. Nada pudo hacer el doctor Carlos Tornero Díaz al frente de la dirección técnica, sino mantener en lo posible los programas culturales y educativos”.

—Es cierto —acepta Tornero.

El ejercicio de su impotencia lo agotó. Decidió salir de las cárceles y continuar en el sistema penitenciario. Ideó un centro de asistencia psicosocial para internos que son personas, pero otros hombres: delincuentes y esquizofrénicos, a la vez; criminales y psicópatas en una personalidad desfigurada. Un año le llevó el proyecto, levantado en Cuautla.

Evoca Tornero su presente, que se fue y no se ha ido:

"Quise caminar por esa oscuridad que me estremece. Frente a las meninges, en el microscopio, me he preguntado por qué un toque, apenas un roce en la ardorosa materia, destruye al instante la inteligencia mejor organizada, la sensibilidad más fina. El efecto puede ser aterrador. En su peor extremo, la vileza que amputa las piernas de una bailarina. En la vida de todos los días, sabemos de las muletas hechas añicos, las gafas despedazadas en la sombra de un semiciego.

"En Cuautla comprobé la distancia apenas perceptible o imperceptible que separa al psicópata del hombre cotidiano. Son comunes los sujetos que se despiden amorosos de sus hijos y dos horas después enlutan a una familia sin un gesto que dé cuenta de su conducta desatada.

"Conversé días enteros con los internos de Cuautla. Algunos me trataban con una dulzura casi femenina. 'Sí, doctor, sí' y el tono sugería la paciencia que se debe al enfermo. Recuerdo a uno, homicida enamorado de una mujer imagen de todas las mujeres.

"—Lo tuve que matar y lo maté.

"—¿Tuviste? ¿Por qué tuviste?

"—Me lo ordenaron.

"—¿Quiénes?

"—Los dioses.

"Ya no lo interrumpí:

"—Había por ahí un cabrón que atentaba contra la naturaleza. Era un asesino ecológico. Debía dar con él. Tenía sus señas: vestía de verde.

"Por las calles miraba sin encontrarlo. Alguna vez vi un saco verde. ¡Ese! No, no era. Sólo el saco era verde. Otras veces era el pantalón verde y una camisa parecida al verde, café claro.

"Una tarde subí al camión y lo vi. Hasta su corbata era verde. Verdes sus ojos, sus ojos, los del asesino, sus ojos eran verdes. Ahí, sobre su asiento, lo rematé".

Calla el psiquiatra. Me ofrece café.

—¿Y la mujer del psicótico, imagen de todas las mujeres?

—La mujer lo agitaba cercana la noche. Sudaba, bañado en la dicha. Amanecería en los brazos de Talía.

—¿Seguro? —le preguntaba.

—Me lo dijo el pájaro amarillo que me visita, un canario, parece.

\* \* \*

—¿Por qué, doctor, su pasión por ese mundo, intrincados la locura y el crimen?

—Sólo en la vida secreta que llevamos adentro nos enfrentamos con la verdad. Ahí matamos, ahí cobramos venganza, ahí destruimos, ahí levantamos un ego tan alto como ningún otro, ahí y sólo ahí nos atrevemos con nuestras traiciones y cobardías.

"Los teólogos hablan del pecado original para explicar las caídas de la criatura de Dios. A mí me atrae la

fragilidad del hombre para acercarme humilde y soberbio a sus faltas, que son las mías. Endebles todos, semejantes la mujer insustituible y la aborrecida, el padre amado y el despreciado, el hijo que cuenta y el que está de más, el amigo amargo y el que ni eso es, nadie escapa a su propia debilidad.

”Me atrae el mundo de los infractores y los enfermos porque lo habito. Tengo mi propio testimonio, el que vale: mi vida secreta, los jugos que eyacula y que sólo yo huelo. Todos caemos y no hay quien termine ileso.

”De esta realidad que es el hombre, la gracia y la desgracia que se juntan, la línea recta y la línea curva que se enredan en una sola geometría, surge la belleza contaminada del mal, las legiones alucinadas que lo buscan, el fervor que lo hace religión. Si a la maldad la despojáramos de la belleza que contiene, perdería su fuerza y dejaría de existir”.

El doctor Tornero abre una pausa. Me observa. Busca una respuesta, que no necesita.

—Ahora regreso —dice—. Trae consigo un libro, *Los testamentos traicionados*, de Milan Kundera. Lee:

“Desde siempre odio profunda, violentamente, a aquéllos que quieren encontrar en una obra de arte una actitud (política, filosófica, religiosa, etc.) en lugar de encontrar en ella una intención de conocer. La música antes de Stravinski nunca supo dar una forma grande a los ritos bárbaros. Sin su belleza, esa barbarie seguiría siendo incomprensible. Decir que un rito sangriento posee belleza es un escándalo, insoportable, inaceptable. Sin embargo, sin comprender este escándalo, sin ir hasta el final en ese escándalo, poca cosa puede comprenderse del hombre. Stravinski otorga al rito bárbaro una forma

musical fuerte, convincente, pero que no miente: escuchemos la última secuencia de *La Consagración de la Primavera*, la danza del sacrificio: no se escamotea el horror. Está ahí. ¿Que tan sólo se muestra? ¿Que no se denuncia? Pero es que, si se denunciara, es decir, si se le privara de su belleza, si se mostrara en su fealdad, sería un engaño, una simplificación, una ‘propaganda’. Es porque es bello por lo que el asesinato de la joven es tan horrible”.

—La belleza del mal, ¿la ve usted?

—La observo en el prestigio que suscita. Los asesinos trasladados a las ocho columnas y a la televisión, los gánsters de cualquier época, los capos, los grandes defraudadores, son seguidos por los ojos abrasados de hombres y mujeres. El erotismo viste a los temerarios. No se ve en sus rostros ni en los movimientos del cuerpo. Brilla en sus hazañas. La admiración los persigue y la pasión del sexo, si la quieren, no les falta.

—¿Pesa más el prestigio que el dinero?

—La fama es individual. No hay dos hombres que pudieran contar la misma proeza ni se sabe de dos episodios iguales. La fama es la aventura vivida, la consagración instantánea, las historias a que da lugar, el sueño irreplicable. El dinero lo tienen muchos y todos los billetes son iguales.

“Son conocidas las mujeres que envejecen en la cárcel sin desprender la mano del único hombre al que aceptan, su héroe, así sea de muchas mujeres. He conversado en distintas circunstancias con estas amantes que la prisión engendra. La rabia de los celos es la voz de su desesperación. Gimen, lloran, nada las agota. Ellas afuera y sin ataduras atadas; ellos adentro, impedidos para buscarlas.

”Excarcelados algunos de estos reos notables, me he interesado por su futuro y el de sus compañeras. A

través de auxiliares, me he informado. Los datos coinciden: con el tiempo la tensión de la pareja se afloja, el ánimo decae y se deshace el nudo que la amarró”.

—¿Qué sigue, si algo sigue?

—Las ofensas, las golpizas. El antiguo ardor se cubre de sangre y la sangre, de odio.

Cae en un silencio el psiquiatra.

—Termine, doctor.

—Vuelven estos personajes al riesgo que los hace respirar, la aventura, que no sueltan ni los suelta. Es su opción: la vida criminal.

\* \* \*

Al juzgado primero de distrito en el estado de México, el 21 de junio de 1994, Carlos Tornero Díaz entregó su dictamen psiquiátrico sobre Mario Aburto, procesado por la muerte de Luis Donald Colosio. En la cárcel de Almoloya se entrevistó con el reo las veces necesarias. A él llegó como el cirujano al quirófano: aséptico.

Serpenteó por su alma en círculos concéntricos. El temperamento de Aburto es frío; la inteligencia media y con pleno conocimiento del propio yo; el carácter, tenaz. Sus ideas se ven en la superficie y la imaginación por ningún lado aparece. El ingenio le es ajeno. No hay brillo en esta personalidad trabajada en la oscuridad. Entero, Aburto es opaco.

—Bosqueja el dictamen:

Niño sin alegría, adolescente retraído, hombre sin una cama largamente compartida, Aburto guarda para sí el enigma del país. Narcisista con sentimientos de infe-

rioridad y repulsa a la autoridad, pudo armarse con la pistola que mató o pudo ser armado por una intención cómplice. Pudo matar para alzarse sobre sí mismo o para elevarse por encima de todos, héroe lóbrego. Entre el complot y el arrebató, no hay manera de avanzar con paso seguro por los circuitos de su interioridad.

Dice Tornero:

—Nada de esto, válido todo, llega a la raíz de la tragedia. En su dimensión, Aburto expresa la angustiada fragilidad de la conducta humana.

—¿Por qué, doctor?

—Un golpe de sangre lo cegó y jaló el gatillo. La vida que sigue para Aburto, Almoloya, lo condena al desperdicio.

—¿Golpe de sangre?

—Empleo el símil para subrayar que en el instante entre la vida y la muerte, Aburto no fue dueño cabal de sí mismo. En los términos de mi profesión afirmaré que mató a Colosio porque lo tenía que matar. A mis alumnos les digo: “el hombre comete un crimen cuando ya no pudo hacer otra cosa”.

—La expresión está cargada de violencia.

—Y es discutible. Pero de esta manera observo a los criminales. La posición contraria nos llevaría al justiciero. El criminal es un malvado y hay que matarlo. O deshacerlo, que ésa y no otra es la mecánica de una realidad que no hago mía. Si el criminal es el malo, el vengador social es el bueno.

—¿Fue fatal el fin de Colosio?

—De alguna manera.

—¿Por qué?

—Sin desestimar la posibilidad de voces que lo hubieran incitado, ya estaba en Aburto la semilla del cri-

men. La semilla fue como el huevo de la serpiente de que habla Shakespeare, origen de lo irremediable.

Sigue Tornero:

—En Lomas Taurinas, la campaña de Colosio y la natural agresividad de la lucha política —no hay más razón que vencer—, el sol de la tarde, el polvo de esas horas, el ambiente seco, *La culebra*, rítmica y obsesiva, canción bronca que habla del animal que pica y envenena, éstos y otros muchos factores llevaron a Aburto a un enervamiento que lo dominó.

—Se hizo de una pistola...

—Vieja y destartada.

—Preparó el crimen.

—No se sabe de un plan urdido. Vaya, al parecer ni plan existió. Recuerde: antes de Lomas Taurinas no apareció cerca ni lejos de Colosio, nunca lo siguió ni lo estudió. No lo conoció, en suma. Tampoco siguió ni estudió ni conoció a su escolta. Me limito a un primer dato: ¿ese es un hombre que mata a sangre fría, que detalla y consume un crimen de esa magnitud?

“Por Aburto actuaron las circunstancias, pero su dedo activó el gatillo: Mató fatalmente lúcido, cegado y consciente a la vez. Al caer Colosio, volvió en sí sin haber dejado de ser él mismo. Al matar, se disolvieron los coágulos de sus ojos. Al matar, sanó. Pero ya era otro.”

\* \* \*

Tres años y medio después del 21 de junio de 1994, Tornero volvió al cemento armado de la cárcel de alta seguridad de Almoloya. Vio a Aburto. Conversaron. Por qué

disparó, instante estremecedor, es un final. Encerrado para siempre, queda su vida para la muerte. El otro final.

—¿Cómo lo encontré, doctor?

—Empieza a encerrarse en él mismo. Será lento e irreversible un proceso de esquizofrenia, o sea, la anulación voluntaria del mundo exterior hasta desaparecerlo.

“Aburto se interesó en un principio por el estudio de su propio caso y tuvo en sus manos textos de fácil comprensión. En unos meses los hizo a un lado. También dejó cuadernos de psicología. Fue huidizo en su propósito por saber algo más del hombre íntimo. Su familia lo cansa. Lo perjudica, dice a veces. Su hermanita, su pasión, la niña de nueve años que lo conmovía como nadie, va muriendo en su emoción.

“Los oncólogos observan el cáncer con la certeza de sus conocimientos y experiencia. No se engañan al momento de la metástasis y la invasión de las células envenenadas a lo largo del organismo dañado. El lenguaje médico es frío y preciso: ‘enfermedad terminal’. Nada por hacer.

“Sería mi diagnóstico en el caso de Aburto: el blanco mental avanzará hasta cubrirlo completo. Enfermedad terminal. Nada por hacer”.

—¿Por qué un juicio así, definitivo?

—**Todo en el hombre comunica: la ropa, el ritmo de la respiración, la sonrisa, el timbre de la voz, el sudor que aparece, el sudor que se va, la comida que se elige, los cubiertos que se usan, las manos en movimiento, las relaciones fortuitas, el color predilecto, la apatía, la forma del cuerpo, los sueños, la edad, la manera de sentarse, de caminar, todo es un habla al exterior que irá perdiendo sentido.**

“El sol que ‘pica’ la piel y la lluvia que empapa, los ríos y los árboles, la conversación, alguna sorpresa,

los colores, el juego, la diversión compartida, el porvenir que se atisba, todo esto también irá desapareciendo de la vida de Aburto. No habrá para él más universo que la celda y algunos metros por el pasillo, la intemperie estrecha, la comida invariable, horas y horas en silencio, los días ahogados.

"Frente al futuro sin futuro irá cerrando las vías al exterior como su último recurso para escapar a la hostilidad que lo agrede hasta desconocerlo como persona. Como el ciego que cierra los ojos para no ver, levantará su cárcel y del lenguaje de otro tiempo quedarán ademanes en el vacío. Un día, joven aún, despedirá un tufo que los psiquiatras llamamos olor a viejo".

\* \* \*

Vuelve Tornero, entre los extremos: aborrece las cárceles y de ellas es responsable.

En su lenguaje:

—Abomino de las prisiones, instituciones contra natura. Ahí están, aplastantes. Yo las llamo como lo que son: jaulas. Y las jaulas son para las bestias.

"Me lastiman como un dolor, víctimas los internos de sus propios crímenes y victimados por una sociedad que ve el castigo como una purificación. Es la sociedad que establece categorías, los buenos y los malos. Y malos, perversos, podemos ser todos".

"Creo en la sanción sin concesiones para aquellos que, dueños de sí mismos, se satisfacen en la maldad y la propagan. Aún así les es inherente su dignidad de hombres y merecen un trato humano.

— ¿Qué ve usted en sus prisiones?

Arma Tornero un largo monólogo:

"Percibo una depresión profunda que expresa el ánimo de los internos, perdidos en un tiempo ausente. Sin punto de apoyo, buscan consuelo en el pasado. Es el tiempo de la madre o de la abuela, la tía mayor, la hermana grande.

"Una mano los acarició entonces. Los presos añoran la voz de la madre, o su imagen, dulce fortaleza que conocieron. Sueñan con el refugio que los cobijó, la prisión de otra manera, protectora. Muchos no regresan a la vida adulta. No quieren o ya no pueden.

"Sin medir su regresión, reaccionan si un custodio o un preso, o el que sea, lastima la memoria de esos años. A un 'chinga a tu madre' y la sonrisa lasciva que da sentido a la injuria —'puta, la abro y le encajo un hijo'— sigue el altercado cruento o la venganza urdida como una cacería.

"La madre es sagrada. No imagino a un hombre cuerdo que la haya matado por odio. La tragedia la incubaba la locura y en la demencia está la semilla de generaciones desdichadas, la miseria secular, la iniquidad de filo más acerado que el propio racismo. Recuerdo a un infeliz que aplastó a su madre con una pala hasta quedar exhausto por el esfuerzo brutal de golpes incesantes en un lapso irreconocible. 'Es un monstruo', juzgó la sociedad. 'Es un demente', me opuse en el griterío escandalizado.

"Pero regresemos a las cárceles, a la depresión en la que muchos internos flotan sin sentido y muchos descienden hasta la profundidad de la esquizofrenia. En el espacio mortecino de la locura, estremecen los reos de hábitos tranquilos. El bien y el mal les son extraños, nada saben de la libertad, a nadie lastiman, trabajan incansa-

bles con dedos sorprendentes y un día se extinguen, dramáticamente amados.

"Otros, los psicóticos tocados por la electricidad, saltan en un segundo de la mansedumbre a la sevicia y en ella se vacían. Dotados de una fuerza ignorada, llegan a extremos desconocidos por la ferocidad animal. Sé de corazones devorados, de cuerpos triturados, arrancada la piel, las venas como hilachos. Las fotografías que se conservan en archivos cerrados, muestran el horror de la demencia dejada a su furia.

"En este caos conviven los orates, los pueriles, los perversos, los apacibles, hacinados y promiscuos. La locura arma con puntas y fierros a sombras y espectros. La irracionalidad de los homicidios es lectura frecuente en el interior de las prisiones".

Remata Tornero, desapacible:

"Las fichas de ingreso a las cárceles, de nada sirven. Elaboradas a la carrera, basura la ortografía, rebosan cajones inútiles. Otro tanto ocurre con las historias clínicas de los reos. Ni de su vida tenemos noticia."

\* \* \*

El cinco de octubre de 1978, Gilberto Flores Alavez asesinó a sus abuelos paternos, Gilberto Flores Muñoz y Asunción Izquierdo de Flores Muñoz. En su cama, dormidos, a machetazos acabó con ellos.

El suceso turbó al país. A primera hora, Javier García Paniagua, subsecretario de Gobernación, había llevado al Presidente López Portillo el dato aterrador: el nieto. La experiencia y el instinto de Miguel Nassar Haro,

director de la Federal de Seguridad, se habían detenido en el joven. Vio las huellas del criminal, unos zapatos Bally, italianos, de suela suave. "Como los suyos", le dijo Nassar a su jefe, amistoso.

Aún escucha García Paniagua a López Portillo:

"Es una locura".

Un tiempo en el umbral de la Presidencia de la República, al mundo de Flores Muñoz no podía caerle tamaña desdicha. Don Gilberto era simpático, inescrupuloso, millonario, se divertía con sus amigos, contaba a los adictos y avivaba las ambiciones de poder, largo aún el tiempo por vivir. Doña Asunción, apartada y fiel, escribía en la quietud. Oculta tras un seudónimo, descendía al subsuelo del poder, observaba sus rincones y discreta, censuraba al Presidente Ruiz Cortines. Pensaba que entre su marido y Adolfo López Mateos, había errado al definir su herencia política.

Apareció el dinero, chispas de luz por todos lados. Muchos inculparon al nieto y no le faltaron defensores. En los extremos fue monstruo y demente. Cayeron prestigios. Don Gilberto, ruidoso hasta la víspera de su muerte, entusiasta, carismático, perdió la paz de los sepulcros. No hay punta que penetre más hondo que la curiosidad. Con buenas y malas artes, historias sombrías trascendieron a los medios. Fue hombre cruel, circulaba.

Abogados, médicos, psicólogos, psiquiatras, sociólogos, eruditos y legos, se dieron al análisis del suceso brutal. Por sus ojos pasaron el protagonista, los personajes, los actores, los testigos, los familiares cercanos y remotos, los amigos leales, los farsantes, la residencia de Palmas 2535 y el dormitorio de los abuelos, el baño contiguo, la recámara al lado, la turbiedad de la política, la miseria del dinero. El ministerio público y la defensa

de Flores Alavez se trenzaron en disputas públicas. El ambiente, escaso el oxígeno, sofocaba.

La sentencia fue la más alta, cuarenta años. Sergio Vela Treviño y Adolfo Aguilar y Quevedo, los abogados del nieto, apelaron el fallo. Hacía falta un último y definitivo dictamen psiquiátrico sin discrepancia del ministerio público. Señalaron a su candidato, Carlos Tornero Díaz. El director técnico de los reclusorios se rehusó como perito. Trabajaba con los reos y debía cuidar su prestigio. "No tengo otro bien", argüía. La petición llegó hasta el Tribunal Superior de Justicia: "Que sea Tornero". El psiquiatra acató.

Recuerda:

"No tuve duda: Flores Alavez padecía un estado de esquizofrenia latente. Perdida su identidad frente a la imagen de los abuelos, disminuido hasta desaparecer, compró el machete a sabiendas, eligió el día preciso, la hora propicia, sintió el filo del enorme cuchillo en alto y descargó el arma con todo el peso de su propio cuerpo".

Busca las palabras. Dice:

—Sin voluntad para detenerse frente al espanto que desencadenaba, partido en dos desde un tiempo desconocido, Flores Alavez mató, lúcido. Su mente clara y la voluntad rota se ataron en la aberración.

—¿Fue similar su conmoción a la de Aburto?

—Y como Aburto, sanó al momento del crimen. Y como Aburto, me resulta casi imposible imaginar circunstancias equiparables que pudieran desencadenar una nueva y similar desgracia.

—¿Mereció la cárcel Flores Alavez?

—Sin duda. Inimputable, su destino habría sido un centro psiquiátrico. Y ahí, ¿de qué lo iban a curar?

—¿Y Aburto?

—Igual. Ya no había que curarle. El crimen lo había curado.

—¿Cómo entender que el crimen sana o equilibra?

—En los casos de Aburto y Flores Alavez les restituyó el ego. Esa es la salud recobrada de que hablo.

Con la voz baja de quien verbaliza una reflexión de muchos años, precisa:

—La identidad es la vena, el nervio, el corazón, el territorio sagrado del hombre. La identidad es el ego y nada más sensible que mi propio yo, yo mismo. ¿Y qué es el ego si no hay dos iguales y nunca los ha habido?

—¿Qué es, doctor?

—La infinita diversidad del hombre, su infinita complicación.

Reflexiona:

—Dueño de algunas herramientas me acerco al hombre en la oscuridad, a tientas.

Casi en silencio, escuchándose, agrega:

"En toda transgresión hay un destello de libertad".

Continúa, íntimo:

"Los cobardes también se ganan su lugar. El miedo pone cerco a su inteligencia y encubre sus pasiones. Sin valores, viven de apariencias y se acomodan en su propia cárcel: la frustración. Fromm exploró estas fronteras, la parálisis y el movimiento, el hombre pasmado y el que se atreve, los riesgos de todos, la muerte, corona del misterio".

\* \* \*

Flores Alavez fue personaje mimado en el reclusorio oriente. Los funcionarios lo visitaban, obsequiosos.

Instaló por su cuenta, y compartió con los reclusos, un gimnasio para fortalecer las piernas, los brazos, la espalda, el tórax, la cintura. Frente a espejos adecuados, examinaba el desarrollo de sus músculos, el molde del cuerpo. Comía al ir y venir de su apetito y las sorpresas de la mesa. "La Mansión" cubría el servicio diario.

Cuenta el doctor Tornero:

"Salía de la cárcel sin orden del juez, clandestino. Una tarde fui por él a 'La Mansión', de la avenida Insurgentes. De los restaurantes era su preferido, predilecto como era él de la casa. Ya en el café, retirados platos y cubiertos, limpio el mantel, lo encontré de buen humor, conversador. A su lado escuchaba solícito el director del reclusorio oriente, Jorge Tanús. Me miró con descaro. ¿Y qué?, expresaban sus ojos. El cargo lo había destruido. Se creyó dueño de todo, de las internas, por supuesto. Sentenciada a una larga condena la mujer de un narcotraficante, Tanús la eligió. Se comportó con ella como amo y terminó como su esclavo. Sus sentidos estallaron. Tiempo después, desesperada su pasión, una sobredosis acabó con él".

Flores Alavez también se divertía fuera de la prisión. Lo acompañaban guardianes de confianza, muchachas al gusto de los carceleros y su pareja. El joven millonario de nada se privó. Fueron inolvidables los fines de semana en Acapulco, calentada la piel hasta que el bronce ardía.

Continúa Tornero:

"Jorge Tanús fue sólo una víctima más de la contaminación carcelaria. El mundo cerrado de las prisiones se presta a todo. Los gritos se ahogan. El silencio es una sepultura.

"Tanús fue un operador, un segundo hombre. Importa el jefe. Uno da la cara y de la cara del otro poco o nada sabe. Juntos se apoyan y protegen. Es la mafia que opera desde el poder".

—Tanús es historia remota, doctor.

—La mafia persiste.

—¿Cómo es, adentro?

—Mi mundo es angosto. Percibo, sin embargo.

"El pasado febrero fui convocado a una reunión con miembros de la Barra Mexicana de Abogados. Entre barristas prospera la idea de fundar una escuela que iguale el aprendizaje de la teoría con el ejercicio de la práctica.

"El proyecto me atrae. Y en el caso del derecho penal, las prisiones son insustituibles. Los futuros abogados confirmarían en unas horas cómo el dinero borra la justicia.

"Fui a la junta con el mejor ánimo. Hablaba como ninguno el licenciado Raúl Gutiérrez Serrano, el penúltimo director general de los reclusorios en la regencia pasada. Lo vi como lo he visto siempre, sin apartarle los ojos. Lo conozco bien. Impune, hizo de las prisiones un mercado como no se había visto nunca. No es retórica. Al interior de las cárceles los negocios se hincharon. Los minutos tenían tarifa. Todo en venta, floreció el tráfico de armas. Desmontadas, ocultas sus piezas entre la ropa o las canastas de frutas, pistolas de todos los calibres llegaban a manos de los internos".

Hace más de un año, el tres de abril, Gutiérrez Serrano compareció ante la Comisión de Administración

de Justicia de la Primera Asamblea Legislativa del Distrito Federal. Varias veces se le sugirió la renuncia y el escándalo tocó el Salón Verde. En el banquillo, se defendió de la peor manera. Fue público que no dio la cara y dejó para su pequeña historia este párrafo escolar:

“Estoy tan ocupado en mi trabajo intenso, estoy tan ocupado con la problemática que hay en los reclusorios, por querer cambiar el sistema, que si no tenemos el apoyo de ustedes, no se va a cambiar, si no hay una reforma integral, no se va a cambiar. Por esto, repito, estoy tan ocupado en el trabajo que no he pensado en renunciar”.

¿Y el ocio que impera en las prisiones?, se le aco-  
só. No era responsable, quiso cubrirse Gutiérrez Serrano, desnudo. La ley protege a los internos bajo proceso y si no quieren trabajar, no trabajan. Omitió que otra es la condición de los sentenciados (cerca del cincuenta por ciento de la población hacinada en los reclusorios), atentatoria la confusión de presuntos responsables y delincuentes calificados. Sin prerrogativas, la ley los obliga al trabajo y el estado debe retribuirlos con un salario, que se evapora.

Al término de la comparecencia quedó claro que la corrupción organizada dejaba el espacio abierto a la vagancia, la extorsión y el crimen.

Cinco días después del enfático “no he pensado en renunciar”, Gutiérrez Serrano pensó. ¿Por qué el cambio súbito? No es aventurado suponer que alguien le pidió la renuncia en términos perentorios. ¿Y por qué la dimisión urgente? Tampoco es aventurado suponer que convenía apartarlo del escándalo efervescente, dejarlo fuera de los flashes y un escenario peligroso. Que viniera otro.

Benítez fue el relevo, el burócrata de cuerpo y espíritu, el ex director del Registro Público de la Propiedad, el hombre que lloraba en el nuevo cargo.

\* \* \*

Alta la noche de algunos sábados, entrado abril, funcionarios, vigilantes y cuerpos de seguridad iniciaron recorridos sorpresivos por los reclusorios.

Las cárceles de la ciudad, en su conjunto, se extenderían por un valle de cuatrocientas hectáreas. No habría quien pudiera hallar en esa extensión la droga, el alcohol, las armas, el dinero, las joyas, todo oculto en escondrijos inverosímiles.

Las rondas obedecen a propósitos viables: agrupar en los dormitorios a los sentenciados con los sentenciados, a los procesados con sus iguales, separar a los enfermos, apartar a los internos con signos de esquizofrenia. Sería apenas un primer paso. De la población poco enseñan los archivos. Tampoco es fácil reconocer personas en la promiscuidad. Además, la presencia del extraño —la autoridad es el enemigo— apeñusca a los infelices y los hace uno. “No es sentenciado, jefe,” mienten. “Déjelo, papito”, suplican.

Narra Tornero Díaz:

“Bajo la luz de los reflectores y las sombras que la acompañan, inmenso el cascarón que es una cárcel, siento una aprensión que no se va, la angustia de mi propia fragilidad. Pero nada como la tristeza. Llega hondo. Alguna vez pensé en los andenes desiertos y sus rieles que llevan a la oscuridad”.

—Sus ojos, ¿qué ven?

—Montones y montañas de basura, poblados y ciudades para ratas enormes. Los gatos, muchísimos, las dejan pasar a centímetros de distancia. Conviven los odios que la experiencia cotidiana conoce. Quizá un día dormiten al lado roedores y felinos.

“Me asombra la ausencia de epidemias en este hacinamiento humano y animal, podrida la atmósfera, dominante la hez. Los piojos recorren la piel y el cuero cabelludo de los internos. También infestan a las ratas. Y del tifo ni se habla. No existe.

”A toda hora se da el desfogue sexual, oculto o abierto. La masturbación pública afirma al onanista. Exhibe su fuerza. No ha sido castrado. Del SIDA apenas se habla y las enfermedades venéreas pertenecen al pasado. Nada entiendo y no hallo a quién preguntar por estos misterios del cuerpo. Los médicos de las cárceles son itinerantes”.

\* \* \*

Apunta el doctor Tornero su relación con el personal más allegado. Hace unos días el director de la penitenciaría, un hombre joven, rabioso e impotente, le contó el dolor de su esposa:

Dos desconocidos se presentaron en su casa. La puerta, entreabierta, firme el seguro, dio confianza a la señora para averiguar de qué se trataba:

—¿Qué desean? —preguntó a los extraños.

—Traemos un regalo, señora.

—¿Aquí?.

—Es la dirección que nos dieron.

—¿Quién envía el regalo?

—No sabemos, señora.

—Llévenselo, por favor.

—Se nos dijo que lo entregáramos.

—No lo recibo.

—Lo dejamos, señora. Cumplimos órdenes.

“La señora aguardó un tiempo prudente, abrió la puerta, tomó la caja, desató su nudo rosa, deshizo el papel fino que envolvía el regalo y al fondo, alucinada, vio una corona pequeña y a su hija muerta”.

Monologa el doctor Tornero:

“La incertidumbre y la zozobra marcan los días. La desconfianza fomenta un ánimo sucio. A mi oficina llegan anónimos constantes. Uno, contra el jefe de seguridad de todas las instituciones, me lastimó profundamente. Llevamos años juntos. Me planteé la pregunta: ¿debía considerar una acusación enmascarada?

”Si vigilo a mi hombre de confianza, ¿quién me vigilaría a mí? La desconfianza se filtra, contamina, invade espacios que se pensaban seguros, a todos toca. De la intriga nadie se libra. Deseché el papel.

”En esta atmósfera envenenada, apenas ayer se fugó un interno del reclusorio norte. Es la primera evasión en mi cuenta, ya larga mi carrera. Las complicidades fueron todas. La corrupción palpita, vivísima. Avanzo un poco, retrocedo, un paso para atrás, dos para adelante. ¿O dos para atrás y uno para adelante?”

\* \* \*

Marcial Flores, de voz y ademanes militares, recibió en Almoloya a Raúl Salinas de Gortari el 28 de febrero de

1995 a las 16:45 horas. Flores ocupaba en aquel entonces la subdirección general de Prevención Social.

Alto, poderoso, el viejo abogado cuenta:

"El licenciado Humberto Lira Mora, subsecretario de Gobernación, persona a quien mucho estimo, me había dado instrucciones precisas: 'Como a todos, Marcial, el mismo trato. Como a todos'.

"En el suelo, esposado, debía soltarle un perro cerca de su cara, un rottweiler feroz, entrenado. Inmediatamente después un custodio aullaría al oído del hermano del Presidente:

"Acaba usted de llegar al penal de alta seguridad de Almoloya de Juárez y sólo tiene derecho a decir ¡sí señor! ¿Me escuchó?

"Y como el desdichado guardara silencio o respondiera un simple 'sí', se desgañitaría el guardián:

"Sí, señor!, ¡sí, señor!, ¡sí señor!, hasta que el inculgado se corrigiera y gritara: ¡sí, señor!."

"Luego, sostenido de los brazos o los sobacos por un par de vigilantes hercúleos, debía ser trasladado hasta su celda, distante, y dejado allí sin explicación alguna hasta la mañana siguiente o más tarde aún.

"Como cualquiera —había ordenado Lira Mora—, o sea, los puros ojos en los espumarajos del rottweiler azulado hasta un límite peligroso o como Ernesto Fonseca, don Neto, quien poco después de su traslado a la celda decía, sin saliva: 'Me ahogaba. Mi cuerpo se rompía'."

Continúa Marcial Flores:

"A la hora prevista, Salinas de Gortari descendió de un Lincoln negro, impecable en su 'príncipe de Gales' de tela lustrosa. Ordené que le quitaran las manillas de hierro y que no se le sentara en el suelo ni se le des-

nudara. Dispuse también que no le soltaran el rottweiler ni le gritaran al oído el odio carcelario. Tampoco lo obligaría al traslado demencial".

—¿Por qué, don Marcial?

—Imagine que Salinas sufre un infarto y muere. Imagine lo que hubiera ocurrido en el país. Asesinato, habría sido el clamor. Los detenidos llegan a la prisión en condiciones deplorables, abatidos, quebradas sus defensas internas. Hombres de carácter, armados de valor, acostumbrados al riesgo, familiarizados con la muerte, hipersensibles al menosprecio y aun al desaire, casi todos flaquean.

"Más tarde me comuniqué con el licenciado Lira Mora y le di cuenta del suceso. Salinas está ubicado en una celda, le informé. '¿Fue como cualquiera? ¿Completo?', me preguntó. Conversamos al día siguiente. 'Pues a lo mejor hiciste bien', aceptó".

Fue larga la convivencia con Marcial Flores y ya para dejar su casa, me anunció con una sonrisa que empuñó sus ojos:

—Le tengo un regalo.

—¿Qué es, don Marcial?

—El libro que Raúl Salinas escribió en Almoloya. Me agité entero.

—Aquí lo tiene—. Y puso en mis manos un engargolado de pasta negra, 107 páginas a doble espacio.

—Copia fiel y una que otra palabra manuscrita, algunas líneas tachadas.

—¿De Raúl Salinas, don Marcial?

—Sí, de Raúl Salinas.

Pregunté al licenciado Flores con los ojos:

"De Almoloya no entraba ni salía una hoja de papel sin un examen cuidadoso. En el caso del hermano

del ex Presidente, los pliegos eran naturalmente sometidos a un extremo rigor. El propio director en aquella época, el licenciado Francisco Castellanos, revisaba uno a uno sus escritos. El libro nació en la cárcel. Las correcciones, las que hayan sido, pasaron también por la dirección y su severísima red de control”.

Días después entrevisté al licenciado Castellanos. Hizo suya la certeza de Flores:

La estructura de la cárcel de alta seguridad y “mi propia responsabilidad” exigían de un rigor sin atenuantes. El interno debía solicitar formalmente el material que requiriera para escribir. La institución (siempre la institución en labios de Castellanos) controlaba las cuartillas una a una. Más tarde, si la institución autorizaba su salida de la prisión, el escrito quedaba registrado en los archivos. El mismo trámite y control, a la inversa, existía para el ingreso al penal de la hoja que fuera. Así iban y venían las páginas de Salinas, obsesivamente observada cada línea, él mismo, sus familiares y sus abogados.

No hay sospecha en el dogma de Castellanos. Almoloya era, en verdad, la institución.

\* \* \*

El licenciado Castellanos corrió con viento adverso al comienzo del gobierno cardenista. Conocida su designación como coordinador del área de recuperación de vehículos robados, su honorabilidad fue cuestionada públicamente. Algo le ayudó su permanencia como asesor del procurador del Distrito Federal, doctor Samuel I. del Villar. El golpe, sin embargo, fue frontal.

Pregunté al doctor Tornero por los antecedentes de Castellanos y el valor de sus palabras como director de Almoloya:

“Lo tengo por hombre extravagante. En el penal de las Islas Marías se dejaba la barba y portaba uniforme como Fidel Castro. Director del penal, se hacía llamar gobernador. La Secretaría de Gobernación decidió retirarlo del cargo en circunstancias que supongo turbias. Castellanos se rebeló. Fue ordenado un piquete de marinos para someterlo al orden”.

Puntualiza:

“Paranoico, poseído por el delirio de persecución, fue un hombre ideal para salvaguardar los papeles de Raúl Salinas de Gortari y de quien fuera. Sintiendo observado por miles de ojos, vigilado paso a paso, su estructura mental lo hacía invulnerable en esa área de su trabajo. A otro tipo de personas acaso habrían podido sustraerle algún documento, casi imposible si se tiene en cuenta la organización de Almoloya. Pero a Castellanos no podría ocurrirle semejante trastorno, hablando en términos humanos. Además y hasta donde sé, el personal de la cárcel era y se mantiene competente, máquina que recibe y cumple órdenes. Puede usted descansar en el juicio del ex director”.

Al doctor Tornero le mostré el volumen engargolado. Comentó, sucinto:

“Es precisa la descripción de la vida carcelaria en el área de confinamiento” (aloja a dos reclusos: Salinas y Aburto).

—¿Y la descripción del licenciado Flores acerca de la recepción a los presos?

—Podría diferir en matices sin importancia.

\* \* \*

El libro describe una niñez y una juventud idílicas. Cuenta la inspiración de la madre, el ejemplo del padre, la unión entre los hermanos, la cohesión familiar. El amor al país es vivo y respetuosa la creencia en Dios. Raúl tiene conciencia de su presente, presagio del mejor futuro. Buen estudiante, buen deportista, buen amigo, de trato amable con las muchachas, viaja y afina su sensibilidad, se instruye. Nuestra cultura lo enraíza —los libros, los pintores— y los museos de Europa dilatan su horizonte. Ya en los tiempos recientes, su tercera esposa, la señora Paulina Castañón, lleva luz a su alma. Dos capítulos —“La Cárcel”. y “El hermano incómodo”— son centrales en la historia. “La Cárcel” son los días en Almoloya y “El hermano incómodo” su despersonalización, la banda presidencial en casa.

Raúl Salinas paga cuentas enormes. Su pasado está vivo y será indeleble en la historia sucia del país. Existen sucesos y documentos, abusos y descaños que lo señalan. La Conasupo, sólo un ejemplo, exhibe su conducta aberrante. No obstante, Almoloya se alza como otra aberración.

La cárcel de alta seguridad es de un orden descarnado. March... ¡ya!... un dos, un dos, izquierda, derecha, de pie, boca arriba, boca abajo, sentado, de pie, un dos, un dos, respirar hondo, comer, leer, dormir, la visita íntima, la familia, un dos, un dos, los abogados, jugar, descansar, la audiencia, el pasillo, el ojo que atisba, la luz invariable, un dos, un dos, dormir, despertar, morir, despertar, morir, un dos, un dos.

\* \* \*

“La Cárcel”. 12 de octubre. 1994.

Al par de las descripciones minuciosas y su acento personal, el libro responde a una estructura. Pudo tratarse de un borrador, un proyecto abandonado o una catarsis. Estas son citas que describen el cautiverio:

“Mi celda debe tener dos metros y medio de ancho por cuatro metros de largo. El techo está a una altura que apenas rebasa los dos metros. Estoy al interior de un bloque de concreto.

”Mi celda se comunica a un pasillo, a través de una reja, de poco más de un metro, tanto reja como pasillo. Así que la distancia más lejana que tengo para mirar rebasa apenas los cinco metros. En el extremo interior de la celda, cercana al techo, hay una ventanilla con los cristales opacos. Prácticamente no puedo ver al exterior.

”El color en muros y techos es constante, verde pistache más bien suave. El piso es de cemento, pálido, gris, con manchas de resanes, pinturas y quién sabe qué más.

”He llorado mucho en este espacio. He pedido a Dios, clamando, que se termine esta injusticia.

”He luchado con vehemencia contra el miedo, contra la acusación, contra la mentira, contra mi debilidad, contra mi rabia, contra mi impaciencia, contra mi dolor, contra todo, incluso contra mí mismo.

”He tenido miedo de la injusticia, porque la padezco. Porque tengo cientos de días durmiendo en una losa de concreto con un par de delgados colchoncillos de hule espuma. En este camastro de 70 centímetros por dos metros, arropado con dos cobertores y sobre otros dos que coloco arriba del hule espuma, paso horas y horas, a lo largo de los días.

"Al pie de la cama está empotrado en concreto un lavamanos del que me sirvo para enjuagar mi cuchara y vaso de plástico con los que como. Para lavarme los dientes tengo que pedir al oficial del pasillo que me permita el cepillo y la pasta. No estoy autorizado a tenerlos dentro de la celda.

"Enseguida del lavamanos, en el piso, está incrustado el retrete. El olor fétido del drenaje es continuo y algunos días verdaderamente insoportable. He llegado a recibir, en ocasiones, órdenes de los custodios, con los ojos irritados por los gases del drenaje, de mantener abiertas las llaves del lavamanos y la regadera por largo rato, para tratar de disminuir el penetrante olor. Hay días en que huele poco. He adoptado la práctica de colocar un vaso de plástico en el hoyo del retrete.

"Dos metros de cama, uno de lavamanos y letrinas, queda uno para el cubo de la regadera. Ahí lavo diariamente mi ropa interior. El uniforme me lo cambian una vez a la semana.

"Creo que los cobertores los cambian una vez al mes, pero no estoy seguro. Mi noción del tiempo no es normal. He perdido toda percepción de las estaciones o del estado del tiempo. Al estar prácticamente siempre encerrado, con frío permanente, sin que a mi celda le den los rayos del sol, no me di cuenta del paso de la primavera y la llegada del verano. El otoño no tiene ningún significado para mí. La época de lluvias ha sido para mí la de un golpeteo de gotas de agua sobre el metal de las ventilas del pasillo y un hilillo de agua que escurre por la pared.

"He perdido también la noción de la oscuridad. En mi celda hay un foco prendido día y noche. Hay un hueco con una reja, en la pared, sobre el lavabo y ahí esa

luz permanente. Es un recordatorio constante de que soy observado sin cesar. Sobre la puerta, en el ángulo superior de la pared, está colocada una cámara de televisión de circuito cerrado.

"Dormido, al despertar, cuando defeco, durante el baño, al vestirme, cuando lloro y gimo, al tranquilizarme, al lavar mi ropa, al comer, siempre a cada instante, soy observado.

"La luz permanente me ha cancelado mi noción de la noche, pues no sólo es mi celda la que está alumbrada, sino todo el centro. Así, cuando regreso ya tarde de alguna audiencia, sólo veo por las rejillas de los pasillos los reflectores y el escándalo luminoso. No sé ya cómo es la noche.

"Hay muchos meses que no veo el cielo de noche, que no miro la luna y las estrellas.

"Algunas veces, al despertar en la madrugada, para entender si ya amaneció o no, miro hacia las ventanitas de vidrios opacos; si se marcan en ellas las sombras de la alambrada, es que aún es de noche y los reflectores dirigidos desde el exterior hacia mi celda, dominan aún sobre la noche y proyectan su cuadrícula de sombras sobre mi ventana.

"El reposo, por lo tanto, de manera profunda y pacífica, no existe. Es el cansancio lo que me hace dormir y a veces, muchas noches, tan sólo dormir. Hay todo un mundo de sonidos de la cárcel al que no puede uno sustraerse, ni de día ni de noche. Golpes de metal contra metal, al abrirse y cerrarse la larga cadena de rejas que existe en el laberinto de Almoloya. Los radios de comunicación de los custodios repiten sus claves sin cesar y el teléfono, la extensión, para estar en contacto esta área de máxima seguridad con el centro de control,

repiquetean a cualquier hora de la madrugada y con su ritmo caprichoso durante el día.

"En tanto escribo estas líneas, frente a mí, sentado en el pasillo, está un custodio, habla por el radio, se comunica con su compañero, a unos metros, en la zona de coordinación de esta área. Del pasillo contiguo llegan los gritos y las quejas de los internos castigados. Su rebeldía se manifiesta a cualquier hora con golpes a las rejas, gritos, cantos y lamentos. De un día a otro los ruidos se suceden sin interrupción. El silencio es escaso y esporádico".

\* \* \*

"A las siete de la mañana retumba un grito que es como una trompeta militar. ¡Pase de lista, señores! Doy un salto y en seguida tengo que quitarme la pijama, ponerme el uniforme y los zapatos y pararme frente a la puerta de mi estancia. El custodio con su lista en la mano, espero a que me diga mi nombre: ¡Raúl Salinas!

"Uniformado y con zapatos me escudo del frío arropándome entre los cobertores. Es también un infructuoso esfuerzo por no amanecer ya, una vez más, en la celda, en la cárcel. Si no puedo salir de aquí, me digo, al menos no estar aquí tampoco. Cierro los ojos, trato de no oír.

"Pasan algunos minutos y se escucha el traqueteo del carrito de los alimentos, hasta que llega a la puerta de la estancia cinco, mi celda. ¿Va a desayunar?, me preguntan. Tenga o no tenga hambre, mi voluntad contesta: sí, por favor. Me proporcionan huevo revuelto o ejotes en un vaso de plástico, o bien, unos huevos estre-

llados y una fruta en un plato desechable. Tengo cerca de media hora para ingerir los alimentos y me retiren lo que quede.

"Desayuno de pie, apoyado en el murete de un metro de alto que entorna a la regadera. Así me obligo a estar algún tiempo parado y además, tener un solo sitio donde cae comida y no contaminar con ella el resto de la estancia. Engullo lo que logro que reciba el estómago y me regreso, a dos pasos, a tirarme en la cama. Trato nuevamente de evadirme. Quince o veinte minutos después, cerca de las ocho de la mañana, me paro frente a la puerta de la estancia otra vez, ahora para recibir la pastilla contra las agruras que me proporciona mi familia y que de manera controlada me trae cada mañana una enfermera. Me la tengo que tomar frente a ella y el custodio que la acompaña.

"Me vuelvo a tumbar en la cama y cierro los ojos. Me echo encima el cobertor y trato de dormir. Cierro los ojos, me cubro las piernas y pecho, nada más. La indicación es clara y terminante: no puedo cubrirme la cara y la cabeza, pues pierden el control en mi observación. Aunque duerma o simule hacerlo, mi cara tiene que estar a la vista, tanto de la cámara, como del custodio del pasillo. En algunas ocasiones me han impedido taparme e incluso recostarme. Me indican que tienen que verme sentado en la cama. El riesgo de no cumplir el reglamento o alguna instrucción es alto, para mí aterrador; te prohíben ver a tu familia".

\* \* \*

“El reglamento establece que mis amigos y familiares sólo pueden verme una vez cada ocho días, en un horario que va de las nueve de la mañana hasta las trece horas. Pero que en esta visita sólo pueden estar presentes tres adultos y dos menores. Siendo mis hijos prácticamente todos adultos, bastan dos de ellos y mi esposa en la visita, para que no pueda tener acceso nadie más.

”Por ello, cuando alguno de mis hermanos quiere verme o necesitamos estar cerca para darnos ánimo, simplemente cariño, se tiene que salir mi esposa o alguno de mis hijos. Hemos tenido que coordinar que unos lleguen temprano y a la hora o dos salgan. Pues no es sino hasta que se encuentran en el exterior, en el acceso, que dan paso a mi otra visita. Así es que entre la salida de un familiar y la entrada de otro, se pierde por lo menos media hora de un valor incalculable.

”La visita se lleva a cabo en una pequeña sala de 3 x 4 m., con una ventana reticulada con vista a un pasillo alumbrado y una mesa al centro. En torno a la mesa nos sentamos por unas horas, intercambiando los lugares para poder tocar, acariciar y abrazar a cada uno de los seres amados. El día de visita nunca es el mismo en la semana, siempre se va corriendo un día. Si esta semana vi a mis hijos un jueves, la próxima será hasta el viernes y la siguiente hasta el sábado. De un encuentro a otro suceden tantas cosas que la comunicación coherente y profunda se dificulta mucho, así que en realidad son sesiones de cariño, de contacto físico y de mucho amor. La comunicación como tal, en estas condiciones es muy limitada.

”El día de la visita me arreglo desde temprano para estar listo en cuanto me llamen. Tiene que venir un cus-

todío por mí, pues nunca se permite que circule por los túneles, ni por ningún lado, solo. Desde mi celda, hasta el momento en que puedo abrazar a mis hijos, tengo que pasar por diez rejas y casi media docena de túneles.

”Terminada la visita familiar tengo, como todos, autorizado cuatro horas de visita íntima. Ésta se lleva a cabo prácticamente en el mismo edificio, en el segundo piso, que la familiar. Sin embargo, mi esposa tiene que salir hasta el acceso y reiniciar el trámite de entrada. A mí me regresan a mi estancia y hasta que han autorizado entrar nuevamente a mi esposa, me reúno con ella, veinte rejas después de la visita familiar.

”Al finalizar la visita íntima me someten a la revisión de otro grupo especializado, cuyos perros me olfatean.

”En el pasillo frente a mi estancia, se me hace una nueva revisión. He pasado cuatro rejas y la décima se cierra a mis espaldas con un ruido despiadado del cerrojo y el candado.

”Estoy autorizado, por reglamento, a hacer una llamada de diez minutos cada día”.

\* \* \*

“La relación con mis defensores no es nada fácil tampoco. En primer lugar no hay privacidad alguna, pues he podido constatar que toda mi correspondencia es abierta y fotocopiada, tanto la privada como la relativa a mi defensa.

”El reglamento autoriza que dentro del horario establecido, los defensores puedan presentarse a hablar conmigo cualquier día de la semana. Esta comunicación

se lleva a cabo en los locutorios. Éstos son una especie de caballerizas de concreto, donde cada uno se sienta frente a su interlocutor, quien se encuentra al otro lado del vidrio.

”No se permite llevar a los locutorios ningún documento, ni pluma, ni papel. Tampoco permiten que esté presente más de un defensor a la vez, lo que imposibilita el trabajo de equipo. Hay evidencia de que lo que ahí se trata está grabado. Defenderse en Almoloya, conforme a las garantías individuales y los derechos humanos, no es posible.

”El contacto con otros internos ha sido nulo. En algunas ocasiones, al coincidir en los locutorios, alguno volteo a verme a través de los varios cristales y muros que nos separan y con la cabeza pretende emitirme un gesto, quizá un saludo. Yo no respondo, en primer lugar porque el reglamento prohíbe la comunicación entre internos de distintos módulos y dormitorios; y en segundo término, porque no tengo la menor idea de quién sea y por qué está aquí.

”Alguna vez, en el cruce de los túneles, en que se detiene a algún grupo de internos o a mí, para dar paso a cualquiera de ambos, he escuchado que pronuncian mi nombre. Y sólo en una ocasión tuve noción de unos insultos provenientes de los internos del pasillo dos, los castigados. Gritos que se mezclaban con las órdenes de los custodios de esta área de seguridad, que exigían silencio. Nada más”.

\* \* \*

En el esplendor del gobierno de Carlos Salinas de Gortari, menudearon en *Proceso* las denuncias contra su hermano Raúl. Provenían sobre todo de personas atemorizadas. Algunas se negaban a proporcionar sus nombres; otras, exigían reserva sobre el origen de las acusaciones que confiaban a la revista.

Es variado el rosario de abusos y atropellos atribuidos a Raúl. Protegido por su alto parentesco, todo lo exigía para sí. Hombre inescrupuloso, hacía gala de su influencia y poder. Dejaba a su paso una sensación de cinismo.

Un lunes, reunidos Vicente Leñero, Enrique Maza, Rafael Rodríguez Castañeda, Carlos Marín, Froylán López Narváez y yo para planear el número semanal de la revista, hablé de Raúl, de su fama, del reportaje que se abría paso por sí mismo y lo tildé como el hermano incómodo del Presidente sin valorar la fuerza periodística de palabras tan simples. Observé a Leñero, exultante. “Es la portada”; exclamó.

El 21 de noviembre de 1994 *Proceso* publicó en su portada la fotografía de Raúl Salinas, acompañada de una clara acusación:

“Raúl Salinas, El hermano incómodo”.

\* \* \*

Abre así el capítulo:

“Hace un año, sin que pueda precisar la fecha, al final de la administración de mi hermano, el Presidente Carlos Salinas de Gortari, al regresar un domingo de

montar a caballo, me encontré con un recado de José Carreño Carlón, el responsable del área de comunicación social de la presidencia. Pepe Carreño, como lo conocemos todos los que lo tratamos, había dejado dicho en mi casa que me comunicara con él. Era mediodía y lo localicé en sus oficinas de Los Pinos. Me dijo que sería bueno que viera la revista *Proceso*. Que venía dura y que pensara en preparar una respuesta. Le comenté que le llamaría más tarde en cuanto viera el ejemplar en cuestión.

"Me imaginé un artículo como los que en algunas ocasiones habían salido en mi contra en esa misma revista y en otros medios de comunicación. En cada caso en que había aparecido algún comentario o artículo en los diarios o revistas con información que me cuestionaba o francamente me señalaba o acusaba de hechos o actos reprobables, el procedimiento de respuesta era semejante. Me llamaba Pepe o yo le avisaba y preparaba una aclaración, generalmente desmintiendo lo que se imputaba.

"Muchas veces me encontré de viaje, fuera del país, cuando algo de esto sucedía y por ello hubo ocasiones en que no di respuesta, cuando se aludía a mí, como era mi intención en términos generales. Era común que cualquier declaración o aclaración mía como de todo miembro de la familia, fuera supervisada o asesorada, o vigilada, como se quiera. La razón era obvia.

"Al ver la revista *Proceso*, casi me voy de espaldas. El número de aquella semana no venía 'algo duro' como me había dicho Pepe. Estaba tremendo. Se trataba de un importante grupo de páginas: varios artículos dedicados a mí, con insistencia en hechos que ya habían sido presentados en números anteriores y alguna información, señalamientos y fotografías inéditas.

"Era fortísimo, pero lo más impactante, ahora sí, a primera vista, era que la portada de la revista estaba dedicada a mí. Aparecía mi rostro, creo que ocupando todo el formato, o al menos así lo recuerdo, y traía como título del tiraje la leyenda 'El hermano incómodo'.

"El golpe en mí fue mayúsculo. Yo pensaba que iba ya de salida, que en cuanto cambiara la administración se irían olvidando de mí y ocupándose, necesariamente, de otros sujetos y personajes. Y sin embargo, ahí estaba, en mis manos, aquel número de *Proceso*, que mostraba que no sólo no se olvidaban de mí, sino que, al contrario, me querían recordar y hacer recordar, de manera indeleble, señalado con los elementos negativos que se me atribuían.

"Era irritante y desolador. Era también muy preocupante.

"Llamé a Pepe y quedé de verlo por la tarde en su oficina.

"Acordé con él que no podía esperar a la siguiente semana para aclarar en la misma revista, rebatiendo punto por punto, la acusación que se me hacía. Así que opté por enviar una primera respuesta a varios diarios para que apareciera al día siguiente, lunes, en tanto elaboraba algo más completo para el semanario.

"La aclaración que envié aquella noche del domingo, apareció al día siguiente en varios periódicos, pero el golpe de *Proceso* estaba logrado. Mi respuesta les pareció adecuada a algunos, mala a otros y algunos más comentaron que en esas situaciones el mejor camino era no hacer caso y no responder.

"En este tipo de circunstancias, en que las opciones son malas o peores, me he encontrado que lo mejor o lo menos malo es hacer algo. Cada cabeza, dicen, es un mundo. Hay quienes aciertan en la inmovilidad y

quienes lo hacen con actos de audacia. No hay recetas infalibles y menos aún, remedios buenos para todo y aceptados y aclamados por todos. No es fácil pues, transitar esos espacios de la vida pública de los que difícilmente se sale sin, por lo menos, unos buenos arañazos. A mí me ha ido realmente peor.

"Independientemente de lo que otros opinaran, el golpe en mí, repito, había sido enorme, al igual que sobre mi familia, mis hijos, mi esposa, desde luego.

"Hacia tiempo, dos años por lo menos, que había recapacitado en asuntos de fondo en mi vida y me había propuesto, entre otras cosas, terminar el sexenio cada día más alejado de la política y de todo aquello que trae la cercanía con el poder. Evidentemente no lo había logrado a pesar de que había hecho esfuerzos significativos de cuidado y rectificación.

"La frase 'El hermano incómodo' era recurrente en mi mente. El reconocido instinto periodístico de *Proceso*, había reunido en una frase un sinnúmero de cuestionamientos y conceptos.

"Periodísticamente, la frase era un acierto, pues afirmaba 'hermano incómodo', y, a la vez, abría muchas posibilidades: ¿había yo estado incómodo con mi hermano?, ¿era mi hermano el que había resultado incómodo por mí?, ¿había yo provocado incomodidad a otros?, ¿a cuántos?, ¿a muchos?, ¿por qué era yo incómodo?

"Cada lector daría sus respuestas. La frase así, tendría tantos efectos como miradas se posaran sobre ella, y sobre los artículos que la soportaban en las páginas de la revista.

"Era imposible atenuar las consecuencias. Para mí abrió una interrogante profunda: ¿qué había yo hecho a lo largo del sexenio de mi hermano, el Presidente Carlos Salinas?"

\* \* \*

José Carreño Carlón, cercano como pocos al Presidente Salinas en las postrimerías de su gobierno, no tuvo desde su elevada influencia una palabra en contra de *Proceso*. Por cuenta de él no existió una insinuación para que la revista suprimiera o agregara una línea a sus notas y reportajes.

Recuerdo algunos encuentros con Carreño Carlón. Irreconciliables nuestros puntos de vista, hablábamos como amigos retirados de la política y el periodismo. Tanto como podíamos, íbamos al fondo de cuestiones que nos preocupaban sin una referencia personal que pudiera lastimarnos.

Le hablé del engargolado de 107 páginas y "El hermano incómodo". Carreño leyó los párrafos que le incumbían. También las consideraciones a que dieron lugar las famosas tres palabras en el ánimo del mayor de los hermanos Salinas.

—¿Así fueron las cosas, Pepe?

—Así fueron —corroboró.

—¿Qué hiciste?

—Di cuenta al Presidente Salinas. Más aún, comentamos que no era la primera vez que tocábamos el tema. Lo sentí preocupado, molesto. Me pareció que su cara ceñuda reflejaba un propósito: algo haría, algo tendría que hacer.

—¿Abordaste el tema de Raúl siempre en el tenor del escándalo?

—Y de la preocupación.

\* \* \*

De su relación con Carlos, el Presidente, dice Raúl:

"Carlos, como presidente electo, me encomendó algunas tareas que me hicieron dar un salto cualitativo en mi quehacer.

"Nuestra relación se había transformado aún más, nuestras conversaciones tenían ahora una característica muy notoria. Carlos me preguntaba sobre una cuestión y otra, en relación a mi persona o la versión de un comentario, pero ya no hablaba, no expresaba sus puntos de vista, sólo preguntaba y escuchaba. Cuando se trataba de la familia, me pedía que a tal o cual miembro le hiciera ver que tenía que conducirse en determinada manera, que no era posible aceptar lo que solicitaba o cosas así. Me pedía que oyera a la gente, que recabara los comentarios de los políticos.

"Me gané muchos desafectos y hasta rencores. Además, no sé en qué momento se generó esa tarea, que se sumaba a la de llamar la atención a aquéllos que, según mi hermano, habían cometido algún equívoco. Y desde luego no sé por qué la acepté. Debo haberle caído muy mal a mucha gente, a muchos amigos o conocidos de Carlos y a una buena cantidad de parientes y amigos o conocidos míos. Y acepto también que mi criterio no siempre fue el más acertado. Hubo personas, desde luego, que obtuvieron por otros conductos lo que yo les había negado. Coseché enemistades también por la conducta de mis subalternos. Una grosería de algún colaborador mío, se me atribuía tarde o temprano.

"Unos días antes del régimen de Carlos Salinas, uno de sus colaboradores cercanos me pidió mi opinión sobre Conasupo. Expuse mis ideas con amplitud sobre los

límites y el agotamiento de un sistema de subsidios generalizados, abierto, y mi convicción de construir un mecanismo que lo sustituyera permitiendo que el subsidio gubernamental, instrumento de justicia, llegara directamente a quien realmente lo necesita. Comenté también sobre personas y funcionarios. Para mi sorpresa, halagadora de mi ego, mis comentarios fueron tomados en cuenta prácticamente al pie de la letra al iniciar el nuevo gobierno. Yo pensé, grave equivocación, que mis opiniones habían sido consideradas por acertadas, por ser un conocedor de Conasupo. Quizá esto fue tomado en cuenta, pero en realidad de lo que no me percaté sino hasta mucho tiempo después es que la gente no me escuchaba como ingeniero o funcionario con una determinada experiencia, sino como el hermano del Presidente.

"El no darme cuenta del abismo que separaba estas dos situaciones trajo consecuencias serias para mí. Entre otras, el que me atribuyeran los resultados, sobre todo los negativos, de aquellas personas que yo hubiera mencionado, propuesto o señalado para tal o cual función, independientemente de si tenía yo que ver con lo que hacían.

"Me encontré así, durante 1989, trabajando en Conasupo. Trataba de ubicarme, de no participar en casi nada para no tener una presencia protagónica. (Al finalizar el sexenio se formalizó un acuerdo. 'No debía yo manejar, en lo absoluto, recursos financieros, materiales o humanos. Mi trabajo se debía circunscribir a la tarea de planeación').

"La relación con mi hermano Carlos tomaba también características inéditas e irrenunciables. Sus comentarios no eran ya opiniones, eran órdenes. Yo acataba

sin reflexionar en lo absoluto la nueva relación, tal como los ingenieros reconocemos la ley de la gravedad”.

\* \* \*

“Ya muy entrado el sexenio traté de apartarme de todo esto, pero ya habían sucedido muchas cosas. Y los errores, se sabe, cuestan.

[...] Otras reflexiones ocupaban mi mente y los sentimientos no tenían paz en mi corazón.

“Mi relación con mi hermano Carlos, reconocía, me había pesado mucho en realidad y no lo quería aceptar. Carlos me instruyó que vendiera mi rancho Las Mendocinas, que yo había comprado antes de que fuera presidente. Lo que había pasado inadvertido como un asunto privado mío, ahora era inaceptable para el hermano del Presidente.

“Desde que fue designado candidato se trastocaron las relaciones familiares. En casa de mis papás, mi padre ya no ocupaba la cabecera en las comidas; el lugar de honor se reservaba para Carlos y no podíamos empezar a comer hasta que él llegara. Era lógico, lo establecimos y aceptamos todos los miembros de la familia, pero eran cambios y a cada instante nos afectaban de alguna manera. Por lo menos a mí, sí.

“En mi casa, cuando el Presidente, mi hermano Carlos, iba a comer o a cenar, se le reservaba el sitio principal. No eran desde luego comidas oficiales, eran reuniones de familia. Pero el Presidente es el Presidente y, además, Carlos había establecido claramente que su compromiso era con la nación y después venía todo lo demás. Había

sido elegido Presidente por seis años, sin horario, sin descanso, sin excepción alguna de tiempo y lugar.

(En casa de don Raúl la familia se reunía a comer más o menos una vez al mes, los domingos. No había sobremesa. El Presidente se incorporaba de la cabecera, el primero, y se retiraba a reposar.

En los Pinos, las reuniones eran semejantes, también el domingo. No había sobremesa. Concluida la comida, los presentes se reunían frente a una pantalla de cine.)

“Era el jefe de todos sin discusión. Sin embargo, yo al menos, le había cedido adicionalmente todo el poder para irrumpir en mi vida personal, privada. Fue mi responsabilidad hacerlo, no de él, pero me pesaba. Me era muy difícil subordinar todo a su arbitrio. Y cuando digo todo, es todo, en lo público y en lo privado. Al final del sexenio, con mi vida sentimental en un cauce maravilloso, al lado de Paulina, me permitía yo bromear diciéndole que tenía dos papás.

“En realidad, la presidencia de Carlos tocó todo lo mío y me fue difícil manejarlo.

[...] El problema de fondo era una y otra vez el mismo con mi conducta. No tenía cabal conciencia de que no era un individuo, un ser humano; ya no era Raúl, siempre era el hermano del presidente.

“Nuevamente, no me daba cuenta yo que no se referían a lo que hacía o dejaba de hacer el individuo, el ser humano, sino que se ocupaban del hermano del Presidente.

“El periódico *El Norte*, de Monterrey, empezó a poner las letras P. H. P. antes de mi nombre cuando se referían a mí. Querían abreviar la expresión Primer Hermano del Presidente. Yo pensaba que era una expresión

del carácter norteño de los dueños y confieso que mi error llegaba al extremo de sentirme calladamente halagado. Mi apreciación era equivocada nuevamente. Era una frase de agudo periodismo, de crítica al personaje, al hermano del presidente, no una referencia a mí en lo personal”.

\* \* \*

[...] Mis hijos queridísimos, tesoro de mi vida, han compartido, sufrido y madurado junto a mí a lo largo de todos los días, con cada golpe, con cada lágrima. Hemos sonreído también. Pero hace unos días Mariana me recordaba que para ella la gran angustia, cuando ya creíamos llegar a la orilla sexenal y que nos dejarían irnos en paz, empezó con el número de *Proceso* con mi fotografía en la portada y que gritaba a todo México ‘El hermano incómodo’. Quizá me hubiera ayudado que aquéllos que escribieron sobre mí hubieran sido más explícitos, recordando que un hermano del presidente tiene límites mucho más severos y mucho más estrechos que cualquier individuo. Quizá yo debí haber comprendido de manera más inteligente, pero no era fácil. No estaba aislado y las voces me repetían cuán acertado estaba yo y lo equivocado de quienes me criticaban. No era fácil ubicarse, no perder el piso. El poder, dice Carlos Castaneda en *Las enseñanzas de don Juan*, es, quizá, el único enemigo al que el hombre se enfrenta sin éxito. Quizá otros lo hubieran hecho mejor que yo”.

\* \* \*

Disfrutaba de la vida Florentino Ventura, el número uno de su tiempo. Director de la Policía Judicial Federal, tenía para sí una mesa en el “Focolare”, de la Zona Rosa. Iba al restaurante para observar y hacer sentir su prestigio, larga la fila que lo saludaba reverente. El destello de sus ojos negros lo protegía. No había manera de mirarlo adentro.

Sus comidas eran largas, tres o cuatro whiskis, algunas veces los whiskis y una botella de vino, otras los whiskis, una botella de vino y el coñac. Su segunda esposa, la primera mujer policía del país, era alta, rubia, de cuerpo quebrado en una maravillosa geometría, graciosa. Se sabía que tocaba la guitarra y cantaba a Florentino, a Florentino le cantaba. Su bolsa era pequeña, apenas el espacio para una pistola ligera. De los afeites no necesitaba.

Carlos Mondragón, ex jefe de la lucha contra el narcotráfico en Sonora, era de los elegidos. El Dragón se desempeñaba como el segundo hombre de Interpol México. Una .45 lo había baldado. Caminaba con cierto apuro, pero sonreía y reía sin dificultad. Solía decir a los primerizos de la Judicial:

“Una respiración pausada ahuyenta el miedo”.

Conocí a Florentino por El Dragón. Después se conocieron nuestras esposas. Decidimos unimos en una relación que pudiera llevarnos a la amistad. Hubo una primera y una segunda comidas con Mondragón, la tercera, en los dominios de Florentino. Su casa era espectacular. En la cochera, sobresaliente al centro, colgaba un costal para el entrenamiento de los boxeadores. Le di duro, inútil mi esfuerzo. “Así”, me dijo Florentino. Bajo el derechazo, osciló el costal. “Así”, repitió con un zurdazo.

Hacia el interior de la residencia vi las alfombras que supuse orientales, los muebles macizos, los tapices rojos, los candiles como llamas. Sobre la mesa del comedor brillaban las copas de cristal cortado, los platos de porcelana, los tenedores y cuchillos de plata sólida. En sus momentos, el servicio ni se notaría.

La noche en casa de Florentino, bebimos todos. La fiesta corría como el vino y en una de ésas "La Güerita", Elvira, amadísima, anunció que iría por la guitarra. Y empezó a cantar, improvisada la letra, prestados el ritmo de corridos y sones que sólo ella habría escuchado:

"Florentino es hermoso y fuerte porque hermoso y fuerte lo hizo Dios y si Florentino se fuera adonde quiera que fuera, a diosito gritaría mi dolor".

Se animaba Elvira.

"Florentino, Florentino, no hay nombre como tu nombre, Ventura, que ventura es amarte, Florentino Ventura".

Embelesado el policía, me acerqué y apenas le dije:

—Vaya conflicto, Florentino, si un día tuvieras que elegir entre tu profesión y esta mujer que te canta como te canta.

Me miró perplejo:

"La puta no vale cinco minutos de mi carrera".

\* \* \*

Tornero era de los asiduos al "Focolare". Director de peritos de la Procuraduría de la República, su trabajo y el de Florentino se desprendían del mismo tronco. Coadyu-

vantes del ministerio público, no era extraño verlos juntos en los escenarios del crimen.

"Fuimos amigos —dice—, lo quise mucho. En el ejército habría sido general. Comandante, lo llamábamos todos. Y comandante se sabía".

La vida llevó al psiquiatra a la más desventurada coincidencia:

"Yo fui el perito de su desgracia".

Le pesan tres muertes: la del infeliz que pretendió interrumpir la golpiza que Florentino propinaba a su mujer, la muerte de "La Güerita" amada y la muerte de Florentino Ventura por su propia mano y voluntad.

—Se habló de un crimen político, doctor.

—Fue un caso de celotipia, clásico.

Explica, escueto:

"Los psiquiatras hablamos del centro de la fijación. Tomo esta copa entre las manos (el ademán es riguroso, un vaso entre las manos del doctor) y hago de ella el centro de mis vivencias. Puedo mirar lo que quiera, que a la copa miro. Puedo hablar de lo que sea, que la copa está en mis palabras. El objeto de mi fijación es el inicio, la estación intermedia y el punto de arribo del ir y venir cotidiano. Interesado en la copa, múltiple y multicolor la vida, se me cruzan la incertidumbre, los temores, los fantasmas. Ciño la copa, pero mis manos ya no la protegen. Un día la aprieto hasta hacerla astillas, sangro y con la sangre de mis manos también mi vida se va".

\* \* \*

Vuelve Tornero a su amigo policía:

“El comandante Ventura me introdujo a la celda de Rafael Caro Quintero en los separos de la Dirección Federal de Seguridad. Antes de que fuera enviado al reclusorio oriente, conversamos las veces que juzgué necesarias. Creo conocerlo. El examen psiquiátrico fue personal y al paso del tiempo habría de serme excepcionalmente útil. Tuve noticia por mí mismo de la mentalidad de los narcos, su personalidad en la oscuridad del hampa, la práctica implacable del poder, la marca de la complicidad, su alma insensible al sufrimiento ajeno, el sentido de la impunidad, la traición sin regreso.

“Los narcos se tienen por financieros y comerciantes. Junto a las grandes transacciones, compran, venden, regatean, se imponen. No dudan: usan el dinero como se debe, saben vivir. Entre las mujeres y el lujo, optan por la ostentación”.

(La Federal de aquella época, mediados los ochenta, se encontraba en Circular de Morelia 8, colonia Roma. El edificio era alto y gris. La puerta de acceso daba a un espacio rectangular, casi un embudo. Había federales y armas por todos lados, más metralletas que agentes. El rumbo le pertenecía a la estación policiaca. Morelia se integra a una plaza con árboles de follaje oscuro.)

—¿Cómo es Caro Quintero, doctor?

—Su inteligencia está por abajo de la media, no así su arrogancia, sin medida. Su vanidad lo inflaba. Descendía a las mujeres desde un supuesto imperio sexual. Su lenguaje se detuvo en la adolescencia.

“Estoy persuadido que se tenía por valeroso, audaz, batallador, talentoso, capo de capos, dueño de una

fortuna que lo llevaba hasta donde muy pocos llegan. Preso, superaría los castigos y no habría celda que pudiera retenerlo. No faltaba más: era resistente, atlético, atractivo, seductor. Lo conocí preocupado por su dermatólogo: requería de los masajes que eliminaran de su cara hasta el último vestigio de una espinilla”.

—Miles de trabajadores esclavos lo obedecieron en los inmensos cultivos de amapola en Búfalo, Chihuahua. Se dijo entonces, doctor, finales de 1984, que la organización impuesta por Caro Quintero había operado igual que un campo de concentración. ¿Cómo un hombre así pudo cumplir tarea tan complicada, seguras la siembra y la cosecha, puntual el almacenamiento de la droga, exactos los tráileres que la transportaban más allá de la frontera?

—Caro es cruel y no trabajaba solo. Pasan los años y no se desvanece la sospecha de que Búfalo respondió a muy altos intereses.

\* \* \*

El 16 de enero de 1992, el doctor Tornero fue nombrado director de Santa Marta Acatitla. Ahí le llegaron noticias de Caro Quintero. En el ala soleada del reclusorio norte sus millones le habían servido para levantar suites, un casino, un restaurante de comida italiana, espacios para “relax”. Centro de orgías, participaban como iguales los narcos, los funcionarios, los amigos, las favoritas. Fueron los últimos días del personaje.

A las cuatro de la tarde del 31 de julio de 1992, Caro Quintero fue trasladado a la cárcel de Almoloya.

Fueron por él cincuenta agentes de la Policía Judicial Federal, veinte hombres seleccionados del Grupo Zorros y cuatro de la Policía Federal de Caminos. Llegaron al reclusorio en diez camionetas Suburban, cuatro patrullas de caminos y un transporte blindado. Caro Quintero viajó en una de las camionetas y el blindado fue utilizado como pantalla en previsión de una operación violenta o algún intento de rescate.

En la prisión federal, el director lo recibió a las seis en punto. A partir de entonces, la fortuna del narco sería intangible, una ilusión. No sabría más del dinero. Entre los internos de Almoloya se distribuyen vales. Una tienda permanece abierta y sólo en su interior tienen sentido los papeles. La mercancía excluye televisores, radios, discos, jabones, cepillos, ropa, medicinas. El mundo del capo no llega más lejos.

—¿Imagina a Caro en su hogar de cemento? —le pregunto al psiquiatra.

—Me han dicho que gasta sus ojos en el blanco y negro de pequeñas pantallas de televisión. Le apasiona el fútbol y no distingue los colores de los equipos. Estoy seguro de que no entiende qué ha pasado con su vida.

\* \* \*

A los nombres de Carlos Tornero Díaz y Florentino Ventura se une el de Franco Villa, en aquellos años fiscal especial de la Procuraduría de la República. Líneas de un mismo dibujo, no había manera de separarlos. Juntos estaban el hombre que investigaba, el hombre que desplegaba la estrategia pericial y el hombre que se metía

entero en los asuntos que repercutían en la República. Fue el caso de la explosión de San Juanico, el terremoto de 1985, el avionazo de Mexicana en Maravatío.

Víctima de una secuela poliomielítica, se ayudaba de un bastón para ir de un lado a otro, veloz e imprudente. Pudo ser venerable y fue temible. Alto, fuerte, autoritario, desconfiado por naturaleza, metodoso hasta la desesperación, honrado por convicción y orgullo, vivía para sus tareas y la política. Se propuso la procuraduría de su estado, Michoacán y la obtuvo. Algunos dicen que conoció la plenitud en aquella época y otros piensan que la felicidad no era compatible con una personalidad tan rígida.

Un día Tornero escuchó lo que nunca habría imaginado: Franco Villa había sido señalado como autor intelectual del asesinato de Francisco Javier Ovando y Román Gil. Ocurrió la tragedia alto ya el dos de julio de 1988, vísperas de las elecciones que enfrentaban a Carlos Salinas de Gortari, Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel Clouthier.

A la integridad de Ovando y Gil había confiado Cárdenas la red de información electoral, sustraída esa noche de los cuerpos yacentes y en un momento peligroso para el país. Franco Villa sería condenado a veinte años. Tendría por morada el reclusorio sur.

Tornero se mantuvo en el escepticismo. Había visto trabajar al fiscal, sabía de su honradez, su existencia rigurosa, la fidelidad a los compromisos. La experiencia, sin embargo, le había enseñado que un segundo inescrutable cambia para siempre el destino de un hombre.

Nombrado director general de los reclusorios del Distrito Federal, aguardó noticias del reo. Silencio. Le hizo saber que ahí estaba, cerca, a su disposición. Silencio. Insistió. Fracásó de nuevo.

Por las vías a su alcance tuvo conocimiento del antiguo y admirado compañero. Sus hombros vencidos cargaban todas las miserias, las físicas y las morales. La energía, la que restaba, no salía de él mismo. Exigía respeto a los privilegios consagrados: sus siete celdas para él solo.

\* \* \*

Quebrados los derechos humanos en Almoloya, pedí al ex secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet, que autorizara mi visita al penal de alta seguridad. Le dije que no entendía el doble lenguaje del gobierno, aberrante a mi juicio. Hablaba de la rehabilitación de los internos y mantenía, dura, su incomunicación.

Chuayffet fue directo: no me abriría las puertas de Almoloya. Dejó establecido, además: nuestra relación descansaría en la desconfianza recíproca. El trato personal podría ir por otros caminos.

En sus tiempos de secretario de Agricultura, hablé también con Francisco Labastida. Toqué el tema. La incomunicación en Almoloya me parecía un atentado a la dignidad de la persona. Somos seres para la comunicación. Una noche larga, descarnada, sostuve que ni la violación sexual destruye como el aislamiento, un vacío como no hay otro.

En un nuevo encuentro, renació el tema. El titular de Gobernación, instruyó al subsecretario Roberto Zavala para que facilitara mi acceso a la cárcel federal.

Seguidos por un carro con guaruras y acompañados por un ayudante del funcionario y por Julio Scherer Ibarra, nuestro automóvil se detuvo en un retén custo-

diado por un grupo de aire marcial. El uniforme de los vigilantes es negro, negro el paño, negras las botas cortas, negra la gorra con visera. Por ahí, grupos afanosos cavaban una poza. Se les había exigido un trabajo rápido por razones de seguridad. Almoloya, a la distancia, semeja una fortaleza en un valle despejado.

Bajo una mirilla de hierro, manos avezadas escudriñaron los escondrijos del vehículo. Terminada la inspección, aguardaban a la entrada del penal los jefes en servicio: el subdirector técnico, el subdirector jurídico y el jefe de seguridad.

El clima era desapacible ese cuatro de junio, lluvioso el horizonte. No había claridad para los ojos, gris la mole de la prisión, plumizo el cielo, oscura la tierra seca. El paisaje pertenecía a Juan Rulfo, muerta la vida.

Pasado el umbral del edificio, una cafetería de paredes lisas se transforma en sala de espera, según nos dijeron. Imprevisible el tiempo del poder, ya se les iría diciendo a los familiares que acudían por sus presos: adentro, afuera. A corta distancia, las oficinas administrativas eran previsibles, desnudas. Caminábamos despacio en este primer trayecto del penal, solos. Nuestras voces cobraban una sonoridad transparente.

Decía el subsecretario:

“Cada interno cuesta al estado seiscientos pesos diarios”. Nada que preguntar: dieciocho mil pesos al mes.

Pasamos a un salón concebido para una maqueta. El penal está dividido en ocho módulos para cincuenta personas cada uno. Agregadas algunas celdas, cabrían 407 reclusos (la población actual cierra en 375; podría ampliarse a 800). Los bloques, ocho islas, complican el contacto de unos grupos con otros. Además, los pasillos a desnivel parten de puntos apartados y terminan en sitios distantes.

Explica el subsecretario:

Los internos están clasificados de acuerdo con su peligrosidad: alta, media o baja. Existe una segunda selección: conviven los afines. Los artistas manuales, por ejemplo, ocupan un módulo. Otro tanto ocurre con los sujetos de alto coeficiente mental. Almoloya responde a un principio: la igualdad frena el liderazgo.

Escaleras breves nos conducen al área de los cuatro juzgados. Sus proporciones y atmósfera sugieren un aula. Sobre la tarima, el escritorio del juez. Frente a su magisterio, las sillas. Al fondo, las rejas. El reo, tangible y fantasmal, llega del otro mundo sin roce con persona alguna.

A unos metros, los abogados disponen de cubículos estrechos.

La luz artificial cae, vertical. No hay sombras. Pasamos al comedor, ordenados doce lugares. Extraño alguna ventana, otra luz.

\* \* \*

Sobre la mesa están dispuestas las jarras con agua de limón y los platos cubiertos con trozos de queso blanco. Comeremos lo que todos, sin distinción alguna. El rancho no es rancho. Se le llama menú.

Los platos se suceden, pausados. Sirven trabajadores de Gobernación, uniformados de blanco:

- Sopa "Campesina"
- Spaguetti a la Francesa
- Cuete a la Vizcaína
- Frijoles de la Olla
- Pan blanco

—Postre (gelatinas anaranjada y roja cubiertas con crema)

\* \* \*

Dice el subsecretario:

—Cincuenta millones de mexicanos no comen así. Me duele.

—Todo lo que toca el estado debiera ser digno —respondo.

La utopía. O ni eso.

Hablamos de la cárcel y su significado. El cruce de ideas nos lleva a la discusión. Comenta el subsecretario que un orden severo priva en la cárcel federal. Y agrega: no faltaba más. Se trata de un penal de máxima seguridad.

Arguyo contra el trato igual a desiguales, sentenciados y procesados entre las mismas rejas y bajo un mismo régimen. La diferencia que los distingue es tan profunda que del sentenciado se conoce su destino y del procesado, no.

Objeta el subsecretario. La ley señala el rumbo y no establece separación alguna entre sentenciados y procesados. Los sentenciados cumplen su condena y los procesados aguardan el fallo del juez, unos y otros en su circunstancia, sin confusión posible. Cita artículos del código penal, la ley. Todo interno tiene su historia, agrega. No hay casos gratuitos en Almoloya. La peligrosidad, alta o baja, es el denominador común.

Me atengo a otros principios. Sólo el veredicto que condena acredita ante la ley la peligrosidad de un

sujeto. El término proceso —consideradas todas sus instancias— es claro, sin equívoco posible: la sentencia está en suspenso y una vez dictada pudiera inclinarse en favor o en contra de la persona inculpada. ¿Qué ocurriría con un individuo que, peligroso en Almoloya, es declarado inocente por el juez? Por lo menos la cárcel de alta seguridad lo habría marcado. El estigma para siempre.

Recuerda el subsecretario que no hay deber más alto para el estado que la protección impostergradable del cuerpo social, una a una las personas que lo integran. De aquí que tome en cuenta los antecedentes de los sujetos bajo sospecha fundada, las andanzas de su vida, las consideraciones de quién es y qué representa, los recursos a su alcance, su influencia en el más vasto sentido del término. El deber del estado es universal, obligado a proteger, incluso, a las personas que desatan el agravio público, un ánimo vindicativo, peligroso por naturaleza.

Vuelvo a lo mismo: al individuo se le califica por sus actos. El delito es personal y el fallo del juez va en consonancia. Asfixiante el régimen de Carlos Salinas de Gortari, ni a los íntimos de su gobierno podría juzgárseles a partir de su preeminencia en el sexenio abominable. La justicia es una quimera.

Reiniciamos el recorrido, rejas y pasillos que se suceden. Las rejas son anaranjadas, color caliente que poco a poco exagera y los pasillos, líneas sin aliento, mutilado el horizonte.

No hay manera de abrir dos rejas al mismo tiempo. La computadora opera, exacta. Una puerta se abre y cierra con prontitud. La siguiente se abre, cancelada la primera. Un experto opera el sistema, difuso bajo la luz de cristales verdes.

Un corredor abierto al exterior ofrece la última visión de la existencia más allá del hierro tecnológico. Una plancha de cemento y la tierra pedregosa que la rodea fueron, quizá, un jardín remoto. A baja altura, unos cables tocan los extremos y el centro de la explanada.

Comenta el subsecretario:

Kaplan huyó de la penitenciaría de México en un helicóptero. La hazaña recorrió el mundo. Aquí, otro Kaplan sería imposible.

Pasamos al interior de la cárcel. Una puerta se abre, otra se cierra. Avanzamos por un pasillo de longitud mezquina. Nuevas puertas se abren y cierran, definitivo el estrépito que penetra la piel. Llegamos a la cocina con sus ollas y peroles sobre mesas enormes al lado de estufas impecables. Nos recibe un hombre como de sesenta años, ufano, rey de su reino. Como si le pertenecieran, muestra los jitomates, las cebollas, las tostadas, las salchichas de pavo, los ingredientes de la comida que disfrutamos y los platillos para la noche. También las campechanas, doradas.

Sobre un tablero, asegurada por un pequeño clavo de cabeza circular, informa una hoja escrita a máquina:

Centro Federal de Readaptación Social No. 1

Almoloya de Juárez

Subdirección Administrativa

Depto. de Producción de Alimentos

Menús para el Mes de Junio de 1998

Fecha: Jueves 04

Desayuno:

—Café y Leche

—Brochetas

—Frijoles Refritos

—Tortilla

—Pan Dulce

—Postre

La comida es la misma que nos sirvió el personal de Gobernación, un rato atrás.

Cena:

—Té

—Tostadas de Queso de Puerco Tompeate

—Pan Dulce

—Postre

Sobre el mismo tablero, otra hoja dicta instrucciones médicas y enlista nueve dietas para la población enferma, internos y empleados. Ciento treinta y nueve reos y treinta y seis trabajadores, padecen:

Hiperlipidemia, gastritis, hiperuricemia, úlcera gástrica, diabetes, hemorroidectomía, obesidad, colitis, laparotomía, colon irritable, hipergliceridemia, vértigo, megacolon, incontinencia esfínter, parálisis facial, hernia hiatal, hipercolesterolemia, estreñimiento crónico, poliglobulia, colecistitis, esofagitis, adoncia parcial, ácido péptico, insuficiencia venosa.

Abren la relación los personajes de Almoloya: Raúl Salinas de Gortari y Mario Aburto Martínez.

Salinas padece hiperlipidemia y los médicos ordenaron, hasta el 31 de julio, una dieta sin grasas ni irritantes y sólo jugo de naranja, fibras abundantes, frutas y verduras. Los factores de riesgo son críticos: hipertensión, gota y arterioesclerosis.

Aburto sufre gastritis y hasta el 31 de julio tiene prohibidas las grasas y los irritantes.

\* \* \*

Me adormece una pesada rutina. Más módulos, más rejillas, más pasillos, más computadoras. Llegamos a los talleres. Una señora vestida de verde, corpulenta, los ojos para la cercanía, sin horizonte ni profundidad, nos muestra los compartimentos de trabajo.

En una sala los reos atienden la terminación de unos ganchos con líneas y curvas de la figura femenina, esqueletos primarios de un maniquí. En otra, sobre mesas pequeñas extienden sedas y telas con los colores patrios. Se trata de “un pedido grande” para las fiestas de septiembre. Los reclusos del área cruzan entre sí palabras que ahuyentan la conversación. Domina un orden silencioso.

Informa la señora:

“Trabaja el 85 por ciento de la población. Contamos con dos turnos de cuatro horas y media cada uno. Los internos ganan trescientos pesos al mes. Reciben vales que hacen efectivos en la tienda del penal. Si así lo determinan algunos, los envían a un banco, a disposición de sus familiares”.

Extravagantes en alguna época, dueños de sus caprichos, a los narcos de Almoloya les dio un vuelco la vida, otro su cuerpo y lo que albergue. Miguel Ángel Félix Gallardo, ulceroso en el módulo tres, se alimenta como los médicos del penal\* ordenaron: frutas y jugo de naranja en la mañana o en la tarde, verduras, fibras. Ernesto Fonseca Carrillo, otro paciente gástrico, por ahí va. También del módulo tres, Pedro Lupercio Serratos padece vértigo —alteración del equilibrio— y riesgo de

\* Isaac Rafael Beltrán, Raúl Gallardo Martínez, José Maldonado Feijo, Carlos Enrique Tapia Achondo y Ricardo Gutiérrez Hora.

arterioesclerosis. Dictaron los médicos que se nutra con fibras y vegetales.

\* \* \*

Hace frío. Cambia la temperatura, inalterable el tiempo de la cárcel. Podrían ser las once de la noche o el mediodía. La luz carece de respiración.

La sala de visita familiar se reduce a cuatro sillas y una mesa cuadrada. Libre en el encierro, valoro el ornato como un privilegio.

Informa el subdirector técnico:

No excede a tres el número de visitantes permitido al interno. Podrían ser seis, en dos turnos.

Seguimos. Los pasillos color amarillo terminan por ser uno, también las rejas de hierro color anaranjado. El estrépito pierde sonoridad.

En otro territorio del penal, un lecho generoso propicia la visita íntima. Sobre la cabecera, celebro un descolorido paisaje bucólico. A los pies de la cama están dispuestas dos toallas y dos pastillas de jabón Rosa Venus, la flor sobre un fondo negro y la diosa, perfumada. Una malla blanca substituye a la ventana. Por una vez, cuatro horas a la semana, el interno descansa de los barrotes.

Un baño se integra a la plenitud imposible.

Se hace de mi memoria una conversación reciente con el licenciado Emilio Rabasa Gamboa. Subsecretario de Gobernación en el sexenio de Carlos Salinas, fue responsable del área de prevención social. En ese carácter participó en los inicios del proyecto de Almoloya, impulsado hasta el fin por Manuel Bartlett, titular de

Gobernación en ese tiempo, y Jorge Carrillo Olea, responsable de Seguridad Nacional. (Ambos hoy merecedores de su fama: el poder sobre la autoridad.)

El gobierno buscó un modelo para la prisión federal. Rabasa viajó a Europa. Recuerdo al funcionario casi en su textualidad:

El centro de alta seguridad, cerca de París, en Orleans, fue el principal modelo para la construcción de Almoloya. Dirigido un tiempo por una penitenciarista joven y bella, cuenta con instalaciones amplias para comedores, zonas deportivas y, sobre todo, talleres. El centro se ha esmerado en la producción de mobiliario estilo Luis XIV.

Carece la prisión de espacio para la visita conyugal. Apenas si existe un área pequeña para uniones ocasionales. Ocurren en cubículos divididos por mamparas de no más de un metro veinte centímetros de altura. En el cuartucho —dos sillas y una mesa— un guardia consiente y vigila el encuentro de las parejas.

\* \* \*

Alguna vez comentó el doctor Tornero:

“Los franceses viven aún su 1789. Han pasado dos siglos y no desmontan su guillotina”.

Dice el subsecretario:

—En las cárceles de los Estados Unidos es norma la prohibición de la visita íntima.

—No quiero creerle.

—Son dos los argumentos para la prohibición de la visita. Primero: forma parte de la pena. Segundo: no son deseables los hijos de los criminales.

\* \* \*

Más rejas, más pasillos, otro módulo. El subdirector técnico de Almoloya informa al subsecretario de Gobernación que Mario Aburto Martínez y Óscar Cadenas Llorente se encuentran en un taller de motivación.

—¿Le interesa?

—Vamos, señor licenciado.

Un pizarrón sobresale como un lujo en una estancia pequeña. El autor material de la muerte de Luis Donaldo Colosio y el etarra acusado de terrorismo escuchan a una señora bajita de cabello rubio, pasada la tintura. Una frase en el pizarrón resume el propósito de la terapia:

“Optimismo inteligente, una actitud ante la vida”.

Aburto ha vivido cuatro años sin comunicación alguna. Sus padres, asilados en los Estados Unidos, no volvieron a Almoloya y no ha habido persona alguna que lo visite. Su soledad y el aislamiento lo han excluido de toda relación humana. Hace unos días aceptó participar en el taller.

Se ve macizo, de una pieza, estaca, erguido. Los anteojos, par de cristales enormes montados en una armadura negra, obligan a detenerse en su rostro. Parece Aburto un pájaro en vigilia. Sus ojeras son hondas, dolorosas.

Llorente es un hombre fornido, esa tarde, sudoroso. Se movía de arriba a abajo y hablaba y hablaba con una voz tan baja que era imposible escucharlo. Sin asidero, se me adhería.

La señora apoyaba su trabajo en un libro sobre el optimismo, modesto el autor, Eduardo Aguilar Kubli:

“Tres poderosas razones me motivaron a escribir la serie ‘Desarrollo Humano Integral’, la cual tiene como

objetivo primordial guiar al lector en el difícil proceso de convertirse en persona”.

—¿Cómo estás, Mario?

Camino al taller había jurado no saludarlo así y así lo saludé. Me supe estúpido.

—La paso bien. Estamos mejor.

Nos miramos, larga la pausa.

—Antes golpeaban a los presos —afirmó.

—¿Suicidios, ya no?

—Eso se dijo. Pero sería mentiroso que yo dijera alguna cosa de éstas porque la verdad no lo sé. La calidad moral de las personas nos hace dudar.

—¿La calidad moral de los internos, de los empleados, de los funcionarios?

—La calidad moral de todos.

—Me habló de ti el doctor Carlos Tornero Díaz.

—Carlos Tornero Díaz —reflexivo, despacito, la voz hecha un susurro.

—Dice que eres muy inteligente.

Sonríe Aburto, apenas.

—Me dijo también que estás en un proceso de introspección.

—No entiendo lo que me está diciendo.

Interviene la señora:

—Las personas en la soledad propenden a la reflexión hacia adentro. Hacia afuera nada tienen. En la soledad de todos, Mario es el más solo—. Dice también que las visitas familiares son desoladoras. Encerrados, los niños lloran. Las madres los apartan. La reunión estalla.

—El doctor Tornero quiso conocer tu punto de vista sobre la violencia y tú le dijiste que hay maneras y maneras de considerarla.

—No es cierto. Tornero es un mentiroso.

Siento densa la mirada de Aburto, impenetrables sus ojos de búho.

—Me llamó psicótico.

—Conozco el expediente. Nunca te llamó psicótico. De haberlo hecho, estarías en un centro psiquiátrico.

—Sepa, soy inocente.

\* \* \*

Me dicen que estás pintando —explora el subsecretario.

—Tratando de pintar —ni la voz neutra ni el rostro cerrado de Aburto pueden ocultar una súbita animación—. Yo no sabía pintar, pero estoy haciendo algunas cosas.

—¿Por qué no nos enseñas lo que estás haciendo?  
Aguardamos todos.

—Con mucho gusto.

En cuanto sale acompañado de un custodio, Cadena me pregunta:

—¿De qué periódico es usted?

—Pertenezco a la revista *Proceso*.

—*La Jornada* publicó de nosotros, el movimiento vasco. A mí trataron de cambiarme por "El Divino". ¿Sabía? ¿Lo conoce? Ya no. Yo no sé. No. A lo mejor por otro. No sé, aquí sigo, no sé... estoy...

No lo entiendo. Le digo que sí, le digo que no, al azar.

Regresan la sombra y Aburto. Sobre una mesa —todo es pequeño— coloca su trabajo y queda a la expectativa. Uno de nosotros va pasando las telas igual que

las hojas de un libro seguido con interés. Se desprenden comentarios amables. Quizá confundo la sonrisa de Aburto con una mueca.

Predominan los retratos femeninos, a lápiz. Inmóviles y sin luz, son inexpresivos. Una niña me atrae, los cabellos unidos en dos moños. "¿Tu hermana, Mario?" "No." "¿Quién es?" La respuesta no llega. "¿Alguna novia?" "Los dibujos están tomados de revistas."

En la colección figuran dos autorretratos. El primero lo muestra como un joven elegante. El nudo de la corbata es perfecto, la camisa colorida, el saco que le hace juego. El bigotito es apenas más poblado que el de Cantinflas. El segundo autorretrato son los anteojos, dominantes. Aburto me da idea de un profesor ensimismado.

Un cuadro ambicioso combina el azul azul de una laguna con el verde verde de los árboles y el cobre cobre de las montañas. El cielo es cobalto y los contrastes resultan mortales. Me pesa como el fruto malgrado de un calendario.

—¿Por qué no montas una exposición? —lo incito.

—Yo no soy pintor ni quiero serlo. Yo sólo me dedico a las cosas manuales. Soy mecánico.

—Una exposición te comunicaría con los demás.

—No me interesa.

—¿Qué te interesa?

—Me conformaría con sólo una casa muy pequeña, muy modesta, una mujer y un hijo.

—Lo esencial.

—No necesito otra cosa.

\* \* \*

De pronto, Aburto provoca un revuelo:

—Yo supe que alguien iba a venir porque me dijeron que me alineara.

—Aclara qué es alinear —escucho, quizá de un custodio. Domina el malestar en el taller.

—No, no se pongan nerviosos. Ya veo que todos están moviendo la cabeza diciendo que no. Alinear en mi caso significa ponerme guapo, que me peine, que me ponga ropa limpia, que me rasure lo poco que tengo. Eso es alinear y entonces yo supe que iba a venir usted —me mira—. Y le tengo esto.

Me entrega una servilleta doblada, que guardo.

Se dirige al subsecretario:

“Debería montar un gimnasio, algo donde pudiéramos hacer ejercicio. Y también debería poner un área verde. Nos hace mucha falta ver algo. Señor, ya no quiero estar solo, quiero que me ponga en un módulo y que me permita un torno”.

El subsecretario lo mira. Tomará en cuenta sus peticiones, le dice.

Salimos.

Sobre la servilleta quedó escrita con tinta azul, clarísima, la letra manuscrita.

Mensaje de Mario Aburto:

“Me he criado en una sociedad donde el elemento principal es el respeto a los demás. En debida observancia a ciertas normas de conducta social, cultural, ética, moral, espiritual y jurídica.

”Mismas que me hacen valorar a las personas como seres humanos, toda vez que se aquilatan por su condición humana, no por sus bienes materiales.

”c.p.e.u.m. [Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos].

”Art. 19 - Son abusos: todo maltrato en las prisiones [sic], toda molestia que se infiera sin motivo legal alguno.

”20 - Fracc. II, IV, V, VIII, IX.”

\* \* \*

Un vigilante se desprendió del grupo y en un par de segundos abrió un candado y libró una puerta de hierro. Ingresamos a Observación y Clasificación, la zona de Raúl Salinas de Gortari y Mario Aburto Martínez. El subsecretario me había preguntado si deseaba hablar con Salinas. “Por supuesto, señor licenciado”. Pasamos por cuatro celdas vacías. La quinta era la importante.

No imagino inocente al primogénito de la familia Salinas. Así lo he escrito. El desenfreno de su vida habla por sí mismo. Ahí están sus casas, sus fiestas desmesuradas, sus obras de arte, sus cuarenta y tantas propiedades dispersas y acreditadas por la Procuraduría de la República, sus caballos principescos, los días liberados a un atrabiliario modo de ser. No sé de alguna persona que haya comprometido su palabra, su honor, en defensa de la honradez del hermano incómodo. Tampoco vislumbro de qué manera pudiera desprenderse de la responsabilidad en la Conasupo —el alimento popular en el hambre de millones—, haya firmado o no documentos de la paraestatal. Su influencia fue aplastante en el gobierno anterior. También su relación con funcionarios en conflictos públicos sin solución hasta la fecha.

Del futuro que le espere, alegan y seguirán alegando el ministerio público, los abogados de su defensa, el juez. Yo deseaba entender la relación entre los hermanos, tan costosa e indignante para el país. Sorprende saberlos ahora, uno en la cárcel de alta seguridad y el otro en Irlanda, a campo abierto, sin un abrazo en tres años y medio. Atenida al juicio público, la pareja carga una lápida, aborrecida.

“¡Raúl!”, gritó una voz.

Pesa sobre Salinas de Gortari la prohibición de atisbar al pasillo si algún extraño pasa por ahí. De nada ha de enterarse. Los carceleros se las ingeniaron para cumplir su propósito. Al anuncio de pasos ajenos a Observación y Clasificación, mantendrá el rostro contra la pared, oculto, cegado. De ahí la llamada imperativa: “¡Raúl!”. Salinas debía responder a sus reflejos. Volteó y avanzó hasta la puerta que lo segrega.

Yo observaba tres planchas de hierro que cercan la cerradura de la celda y hacen imposible que los dedos del recluso pudieran llegar al orificio punteado de la llave. Perdí la escena que provocó el grito. Más tarde la conocería en sus detalles.

“Arriba, papá”, me advirtió Julio.

Levantado el brazo derecho, de puntas, en actitud casi simiesca, Salinas deslizaba su mano por el único espacio libre al exterior y la dejaba colgada, a mi alcance. Me alcé cuanto pude, retuve su mano entre las mías y lo escuché casi fuera de sí:

“Lo lograste, Julio, lo lograste”.

El subsecretario ordenó que nos abrieran. Pasé el primero y sentí el peso de la mazmorra.

\* \* \*

Vestía saco y pantalón caqui, calcetines del mismo color, camiseta blanca y huaraches, el dedo mayor del pie aislado por una correa. Sobre el uniforme, a la altura del corazón, sus números: 0597.

Me sorprendió verlo sin bigote. Observé un rostro sin carácter, floja la mandíbula. Los ojos pequeños me recordaron vagamente los de su hermano. No encontré los estiletes del ex Presidente.

La celda es un rectángulo angosto y breve que Salinas llama sarcófago. A la derecha, el excusado bajo y sin tapa, ennegrecido por el tiempo y el uso, limpio y repugnante. Cubre la regadera mínima un plástico negro. Sigue el camastro, concreto puro. El colchón es delgado, la almohada apenas levantada y de las dos cobijas no se hace una. El lavamanos es una bandeja.

A su izquierda, sobre un remedo de buró, algunos libros —la Biblia, sobresaliente—, una televisión de unas diez pulgadas y un radio integrado. Una repisa que se extiende a lo largo de la pared amontona lienzos, pinturas, más libros, unos botes y algunos pinceles. Abajo, sobre el piso de cemento, los expedientes de su caso. No hay una silla. Sólo un banco chaparro, juguete para la elevada estatura del reo.

Inaccesible en la línea ascendente del buró, una caja que presumo hermética. En su interior, un foco amarillo intenso. En el extremo opuesto sobre el hierro de la puerta, una cámara, el ojo que no se va.

—Pásale, pásale —me dice Raúl. Nos sentamos en la cama. A unos metros, de pie, el subsecretario y Julio. Afuera, funcionarios de la prisión y custodios.

Sin preámbulos, soltó:

—Te quiero decir que leí tu libro.\* Te equivocaste. Yo no estoy en lo de la Conasupo.

—Los documentos ahí están. Son públicos.

—Yo no estoy en ningún lado.

—¿Quiénes son, entonces, los responsables del fraude?

—Siempre son los funcionarios medios, los segundos y terceros niveles. Los funcionarios de alto nivel, el subsecretario te lo puede decir, tenemos lealtad.

Detiene los ojos en Julio. Sin duda recuerda que trabajó en Nutrimex —empresa estatal para una mejora en la dieta popular— y Diconsa comercializaba sus productos.

—¿Alguna vez viste sobre mi escritorio alguna cosa chueca, alguna cosa mal hecha?

—No, Raúl, en Diconsa no.

Vuelve conmigo:

—Yo no aparezco en ningún papel y aquí estoy esperando a la Comisión Conasupo, que son una bola de maricones. Que vengan, tengo conmigo el expediente —sigo su índice, que apunta a una pila de papeles engargolados.

—Además, me ofendiste.

—¿Por qué?

—Dices en tu libro que mi padre no acaba de morir. Eso no se vale. Yo te ofrecí mi casa.

(No olvido la experiencia vivida con Raúl Salinas Lozano, escrita: cuida su salud en Acapulco y en su biblioteca de treinta mil volúmenes.)

—Mi intención no fue ofenderte y en esa medida te pido perdón. Pero hablemos a fondo, las cosas como son. Yo sé a quién amaste verdaderamente: a tu madre. No alcanzó tu padre sus niveles.

\*Salinas y su imperio.

—Dejemos eso a los hijos. Cada uno mira distinto a su padre.

—Yo cuento hechos. Tu padre te abandonó, te dejó aquí. Vino a verte una sola vez.

—Una vez y lloró. Ya no puede venir porque está muy enfermo.

—Si yo tuviera a uno de mis hijos aquí, el que fuera, vendría a rastras. Como cualquiera.

—Por eso, por eso. Cada persona es distinta. Pero yo te abrí mi corazón.

—Un pedazo de piel.

Nos remontamos al origen de nuestra relación. Minucias. ¿Quién tomó la iniciativa? ¿Él? ¿Yo? Raúl me obsequió su libro de cuentos, *El Amante* y buscó un punto de vista. Se lo di: "Hojarasca con algunos destellos".

—También me dijiste que era un libro desordenado.

Llegamos a la inminencia de la tormenta: Raúl Salinas sentía el peso de la crítica, acerba. Nos repetimos, viejos y conocidos, los incidentes.

—¿Qué hacer con los medios? (Raúl)

—Si no tienes cola que te pisen, golpe por golpe (mi respuesta).

Sentía el tiempo. Me pesaba su desperdicio.

\* \* \*

—Raúl: ¿qué piensas del ex Presidente en el exilio?

—Yo no lo puedo ver solamente como al ex Presidente. Lo veo como a mi hermano.

—No te pregunto por tu hermano. Te pregunto por el ex Presidente en el exilio.

—Pienso que el ex Presidente ha asumido una posición muy prudente.

—¿Te parece prudente estando tú donde estás?

—Yo le agradezco al ex Presidente que no venga. Le agradezco al ex Presidente que no sirva como intermediario político en mi caso. Porque, créeme, ya les gané el asunto del lavado de dinero. Y lo de José Francisco va muy bien y también les voy a ganar. Yo voy a salir de aquí y todo esto me va a servir como una reivindicación. Voy a ganar solo y va a ser una reivindicación frente a mi hermano, frente al ex Presidente y frente a los demás.

—¿Reivindicación, Raúl?

—Hoy sé que tengo a todo el sistema en contra, desde la Presidencia hasta el jefe del señor (la actitud de Salinas apunta al subsecretario). Todo el sistema se me viene encima, pero te voy a decir que es mucho menos malo el sistema en contra que el sistema a favor. Nada hace más daño, nada lastima tanto como la Presidencia a favor.

—¿Por qué?

—No hay manera de sustraerse a su seducción. La Presidencia fascina. Te digo, convencido: nada me duele más que haberme traicionado. A veces Carlos y yo empezábamos a hablar como dos hermanos y yo sentía el momento en que ya no era mi hermano el que hablaba. Hablaba el Presidente de la República. Y yo cambiaba el tono, cambiaba mi manera de ser. Adulaba al Presidente. Voy a decirte algo más: el Presidente no necesita ordenar. Para qué. Uno se pone de "ene pe" y basta. Es todo. Nos acomodamos.

—¿Qué es el "ene pe".

—Nalgas prontas. Uno se acomoda, te digo.

—¿Tienes comunicación con el ex Presidente? ¿Ha venido?

—Nunca.

—¿Te habla?

—No. Recibo sus cartas.

—¿Me darías una?

—Te la voy a hacer llegar con mi mujer.

\* \* \*

Raúl hace ejercicio y pinta. Un tiempo mantuve la mano sobre una de sus piernas: hierro. También le golpeé el estómago y sentí el cemento.

Me enseña una marina de unos cuarenta por veinticinco centímetros.

—La espuma no es espuma, Raúl, son piedras. Y esas olas son muy pesadas.

Asoma el buen humor:

—Es Clausell, más hermosa la copia que el original.

Observo su rostro, sin el cepillo sobre los labios, tan parecido al de su hermano Carlos.

—Te hace falta el bigote.

Mueve la cabeza:

—Yo no me lo corté.

—Los labios son débiles, tu mandíbula también.

—Un día una amiga me dijo que un beso sin bigote es como un huevo sin sal.

Me llega una imagen de otro tiempo, otro espacio:

—Fidel Castro creó un rostro con su barba y el bigote.

Raúl levanta los hombros.

Estamos en la despedida:

—Que hayas venido ha sido una segunda conmoción para mí. La primera ocurrió cuando desperté y escuché una entrevista con mi mujer, en el radio y supe que no estaba muerto. Esta vez tú viniste a sacarme del sarcófago.

—La conversación la voy a hacer pública, Raúl.

—No.

—Eres un personaje.

—Todavía no. Pero voy a serlo. Voy a ser un personaje afuera.

Salimos. Escucho el ruido de los hierros, el último golpe. Un guardia se instala frente a Salinas. El relevo llegará en doce horas.

\* \* \*

El 24 de junio, a las cinco de la tarde, conversé con Flavio Romero de Velasco en el reclusorio oriente. Un interno trotaba cerca de nosotros. Alto, calvo, sin movimientos del cuello y la espalda, inertes los brazos, vivía de la cintura para abajo.

La soledad era casi absoluta. El césped quemado y enormes islotes de tierra seca transmitían una tristeza vaga. De no sé dónde salió un fakir. Cargaba un cajón arcaico para bolear los zapatos. "Órale", le dijo Flavio. "Sigo yo". Lo animó la paga anticipada. Presuroso se instaló ante nuestras sillas blancas de plástico ligero y rió, podridos los dientes que lo desfiguraban.

Ante una mesa que parecía abandonada, Flavio leyó en voz alta sus alegatos ante la Procuraduría de la

República y la Fiscalía Especializada en Delitos Contra la Salud. "La justicia en México es una diosa contrahecha", dijo.

El ex gobernador de Jalisco y diputado con Jesús Reyes Heróles trajo a cuento una de las sentencias del político veracruzano, coleccionista como fue de frases inapelables:

"Problema que se soslaya, estalla".

Flavio pasó por Almoloya. Cinco meses. Este es su relato:

"El arribo fue el 24 de enero a las cinco de la mañana. Llegué custodiado por doce agentes judiciales, como si fuera un criminal irredento.

"Se me condujo a un gran patio descubierta. Bajo una luz poderosa conté veinte guardias y cinco trabajadoras. El frío era atroz, tres grados bajo cero. No obstante, entre señas y gritos soeces se me obligó a desnudarme. Todo quedó a mis pies. Temblaba bajo el frío y el terror. A un metro de distancia, un guardia contenía a un perro rottweiler. El animal era negro con manchas amarillas, pardo oscuro sus ojos. Mostraba los colmillos y gruñía, ronco. Babeaba.

"Delante de todos fui sometido a una revisión degradante que aún me estremece y subleva. Un vigilante arrojó a mi alcance el uniforme café claro del penal y nuevos gritos me instaron a que me vistiera rápidamente. Protesté por el trato. Fui esposado con tal violencia que no pude reprimir una exclamación de dolor. Las burlas de los guardias y las mujeres hicieron aún más honda mi cólera vacía. Fui advertido: no tenía derecho de hablar ni levantar la cabeza. Frente a la autoridad sólo podía responder: '¡Sí, señor! ¡No, señor!'. Asido de los brazos por dos custodios, casi en vilo, fui llevado a un aposento.

Ahí me cortaron el pelo. Inmediatamente después se me obligó a bañarme y rasurarme con agua congelada, a unos pasos de los guardias.

"Quedé recluido en un calabozo que semejaba una cámara de refrigeración. Se le conoce como celda de observación. Ahí permanecí, quince días.

"Al salir me fue enviado el manual interno de la cárcel de alta seguridad de Almoloya de Juárez. Dice su artículo tercero:

"Las bases contempladas para la organización y funcionamiento de los Centros Federales de Readaptación Social, garantizarán el respeto absoluto a los derechos humanos y a la dignidad personal de los internos, procurando integrar su personalidad y facilitar su reincorporación a la vida socialmente productiva".

\* \* \*

En su privado de la calle Bajío, el doctor Tornero conserva las armas de los reos. Exhiben el tesoro siniestro dos vitrinas empotradas en la pared.

Hay puntas del tamaño de una calibre veintidós y las hay largas, como espadas. Hay una que parece un rehilete y otra con cuerpo de espiral. Sorprende un fierro en forma de cruz y un cuchillo toscó de mango barroco. Hay agujas apenas visibles y un falo que termina en punzón; hojas adornadas con arabescos y los arcos y las líneas del cuerpo femenino.

Un fierro domina sobre todos: ancho, pesado, remata en hileras de acero, siete, como los incisivos mortales del tiburón.

Dice Tornero:

"Los asesinos están adentro y afuera de las cárceles. Adentro se mata; afuera se mira."

---

Este libro, el primero del autor que se publica en Alfaguara, se terminó de imprimir en agosto de 1998 en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810, México, D.F. La tipografía se realizó en tipos Garamond de 12 puntos, Geneva de 22 puntos y Courier de 9 y 60 puntos. La formación la efectuó Fernando Ruiz. La edición estuvo al cuidado de Ramón Córdoba y Marisol Schulz.

---